



tú mi   
deseo,   
 yo tu  
capricho

CHRISTIAN MARTINS

**Tú, mi deseo  
Yo, tu capricho**

CHRISTIAN MARTINS

**EDICIÓN DICIEMBRE 2019**

**RESERVADOS TODOS LOS DERECHOS. QUEDA RIGUROSAMENTE PROHIBIDA, SIN LA AUTORIZACIÓN ESCRITA DE LOS TITULARES DEL COPYRIGHT, BAJO LAS SANCIONES ESTABLECIDAS POR LAS LEYES, LA REPRODUCCIÓN PARCIAL O TOTAL DE ESTA OBRA POR CUALQUIER MEDIO O PROCEDIMIENTO, INCLUIDOS LA REPROGRAFÍA Y EL TRATAMIENTO INFORMÁTICO, ASÍ COMO LA DISTRIBUCIÓN DE EJEMPLARES MEDIANTE ALQUILER O PRÉSTAMO PÚBLICO.**

**COPYRIGHT © 2019 CHRISTIAN MARTINS**

Para todas esas personas que hacen mis deseos realidad.

Gracias, y siempre gracias.

*Este es el mensaje de Navidad: Nunca estamos solos.*

*Taylor Caldwell*

Hacía semanas que tendría que haber comenzado a escribir esta nueva novela, pero últimamente el edificio de oficinas en el que trabajo echa chispas y concentrarme es una tarea imposible. Los chicos de enfrente, que trabajan creando aplicaciones para los teléfonos móviles, llevan varios días sumergidos en una tormenta de ideas que no parece estar a punto de llegar a su fin. El edificio de oficinas es un espacio diáfano, sin paredes ni habitáculos, donde cada uno tenemos un pequeño espacio para colocar nuestro escritorio y trabajar. El alquiler que pagamos por estar aquí es irrisorio, y supongo que esa es la única ventaja por la que sigo soportando a los chicos de las aplicaciones y al abogado gritón que tengo a mi derecha. Al parecer, discutir a pleno pulmón con la administración del juzgado es una buena estrategia para defender a sus clientes.

Además, las fechas no ayudan. Ya hemos entrado en diciembre y las campañas de Navidad están a tope. Detrás de mí tengo a unas jóvenes estudiantes que en su tiempo libre venden productos artesanos por internet, y en navidad tienen más pedidos de lo habitual; así que últimamente las tengo aquí metidas más horas de las que me gustaría. Y sí, los villancicos siempre acompañan el ambiente mientras ellas empaquetan y amontonan cajas a mi alrededor.

Suspiro hondo para no estresarme y le doy un sorbo a mi taza de café doble manchado de leche. Me he levantado a las cinco de la mañana para venir a trabajar antes de que el resto de los aquí presentes pudieran estropearme la jornada, pero ni siquiera el madrugón ha servido para algo útil. Estoy agotada, me pesan los párpados y tengo tanto sueño que no he conseguido espabilar antes de que el resto se presentasen en sus puestos de trabajo.

Desvío la mirada discretamente hacia la fotografía que tengo a mi derecha. Es Dowson City, un pueblito a no demasiadas horas de aquí en el que pasé mi infancia. Mis padres, en aquellos años, tenían una pequeña caseta de pesca que mi difunto abuelo construyó con maderas y sus propias manos. Pasé unos muy buenos años en aquel pueblo que parecía sacado de una película del oeste, con sus maravillosas vistas al río. Era tranquilo, muy tranquilo. Recuerdo los veranos calurosos y los inviernos nevados. Las mañanas de bañador nadando en el lago y las noches de invierno con un chocolate caliente junto al fogón de la caseta. Pero hace algo más de quince años, después de un fuerte temporal en invierno, nuestra caseta se vino abajo y mis padres y yo dejamos de veranear allí. Repaso la instantánea de Dawson con mi dedo índice, recorriéndome a mí misma. En esa

fotografía debo tener unos siete u ocho años. Estoy vestida con unos jeans y una camiseta de tirantes, comiéndome un helado de chocolate frente a la caseta que el abuelo construyó. Creo que los mejores recuerdos de mi infancia los viví allí, y supongo que esa es la razón por la que anhelo tanto regresar.

Hace unos años que mis padres me concedieron el terreno que mi familia posee en Dawson City, y después de mucho pelearlo, la casa por la que me he hipotecado para el resto de mi vida está a punto de abrir sus puertas para mí. No ha sido fácil. Regresar a casa de mis padres para poder pagar el préstamo sin ahogarme en un alquiler paralelo, tener que abandonar mi despacho privado por este maldito edificio de oficinas conjuntas y reducir mi vida social al mínimo. Me he sacrificado muchísimo por hacer realidad mi sueño, pero poco a poco ese sueño se va transformando en algo tangible. Espero que el próximo año dos mil veinte pueda comenzarlo en mi nuevo hogar, lejos de todo el ajeteo de la ciudad.

Mi teléfono móvil comienza a vibrar encima de la mesa, obligándome a dejar atrás mis pensamientos y regresar a la realidad.

—¿Señorita Cuver? —inquire el capataz de la obra.

Reconozco su voz porque, después de tantísimos altibajos, espero al menos una llamada diaria por su parte. Es imposible que las cosas vayan bien demasiado tiempo...

—¿Qué ocurre? —pregunto con la voz cansada.

“Por favor, que nos sean más problemas”.

El jefe de obra carraspea.

—Verá, habíamos terminado con la colocación de los cristales, pero... —hace una pausa, seguramente buscando la mejor forma de darme las malas noticias—, pero cuando hemos vuelto de comer nos los hemos encontrado rotos.

—Ya estamos otra vez —refunfuño, masajeándome las sienes para que el dolor de cabeza que estos contratiempos me causan no consiga instalarse en mí—. ¿Rotos? ¿Cómo se han roto?

—Apedreados —especifica.

Suspiro hondo.

Una vez más, mi querido vecino ya ha estado haciendo de las suyas.

—Ha sido él, ¿verdad?

El capataz guarda silencio.

—No lo sé, señorita Curver... Nosotros no hemos visto a nadie merodeando por la vivienda —me dice, aunque en realidad no necesito ninguna confirmación por su parte—. ¿Abrimos un parte al seguro?

Siento que la cabeza me va a explotar.

Mi querido vecino, Harry Walker, se está dedicando a retrasar mi obra todo lo posible y más. Al parecer, que mi terreno esté frente al suyo y que mi vivienda le tape las maravillosas vistas que antes tenía al río y la montaña es algo que no está asumiendo demasiado bien.

—Eso llevaría meses. ¿Cuántas ventanas ha roto?

—Cuatro. Y también se han llevado los palés de la obra.

—Está bien. Pedid otras cuatro ventanas y el material que sea necesario —decido, deseosa de atajar el problema lo antes posible—. Me encargaré de esto personalmente.

Y antes de que pueda contestarme, cuelgo el teléfono.

Ya está, se acabó. No puedo soportarlo más.

Hace más de seis meses que debería de vivir en mi nuevo hogar, pero el maldito Harry Walker se ha empeñado en demorar mi llegada lo máximo posible. ¿Acaso no se da cuenta de que no gana absolutamente nada con esa actitud? No importa cuántas denuncias ponga en urbanismo ni cuánto material de obra estropee o rompa, porque al final todo continuará su proceso y será cuestión de tiempo que yo me traslade allí.

Me he pasado muchas, muchísimas noches imaginando que estoy en mi casa, escribiendo mi nueva novela en el despacho de la última planta, con esas maravillosas vistas al río y a la montaña que ahora, por mucho que a él le fastidie, me pertenecen a mí. Me levanto del escritorio de mal humor y me despido con un breve “hasta luego” de las chicas que tengo detrás. Los de las aplicaciones están demasiado ocupados en un debate y el abogado está colgado al teléfono, gritando a pleno pulmón, así que ninguno de ellos parece percatarse de mi repentina salida.

El frío en el exterior es helador. Me coloco la bufanda y me abrocho el abrigo mientras apresuro el paso en dirección a mi coche, que lo he dejado aparcado en el parking de piedra que hay detrás del edificio. Si aquí hace frío, no me quiero imaginar la temperatura que debe de haber en Dawson. No es que la diferencia sea abismal, pero la diferencia de altitud a la que se encuentra puede marcar varios grados de discordia en los termómetros. No es extraño encontrar en Dawson



City veranos de más de 35°C e inviernos con -25°C, o más. El mes más frío del año suele ser enero, quizás febrero.

Me subo en mi monovolumen de segunda mano y giro la llave; pero no arranca. Se ha quedado frío y supongo que antes necesitará entrar en calor. Pruebo una segunda vez y consigo que haga el amago de arrancar. El motor ruge antes de apagarse. Y... ¡A la tercera va la vencida!

Antes de ir a Dawson City para dejarle las cosas claras al impresentable de mi vecino, tengo que pasar por casa de mis padres para preparar una bolsa de viaje. No sé cuántos días me llevará montar el sistema de seguridad y de alarmas, pero no pienso marcharme de allí sin dejar los cabos bien atados.

A mi madre no le hace demasiada gracia que viaje con las carreteras repletas de nieve, y mi padre ha intentado acompañarme cargado con la escopeta que el tío Archer nos dejó de herencia hace ya algunos años.

Pero la verdad es que no necesito a nadie para sacarme las castañas del fuego. Puedo apañármelas por mí misma.

La última vez que visité Dawson City para comprobar los avances de la obra, descubrí que sobre el terreno habían levantado cuatro cimientos que en poco se asemejaban a un posible futuro hogar. Hoy, después de tanto tiempo, espero encontrar algo muy diferente.

Estoy nerviosa.

Sé que pocas chicas de mi edad —tengo treinta y un años, aunque siempre suelo decir que me quedé estancada en los veintisiete— anhelan una vida solitaria, en un lugar apartado del mundo con unas impresionantes vistas a la naturaleza canadiense. Pero supongo que hace mucho tiempo que asumí que yo no soy una chica normal, y me alegro de que así sea. Cuando era más pequeña, mi madre siempre decía que tenía que haber gente de todo tipo para que el mundo no fuera aburrido; y ahora creo que no podía tener más razón.

Mientras conduzco hacia Dawson City con la emisora “Vinilo FM” sincronizada de fondo, pienso en mí. En quién era, quién soy y quién quiero ser. Creo que, si hay un adjetivo que me describe a la perfección, es “soñadora”. Sí, soy una persona soñadora. De pequeña soñaba despierta, con la cabeza repleta de historias que jamás habían ocurrido. Más adelante soñé con escribirlas y después, soñé con construir mi hogar ideal. Lo mejor de todo, es que aparte de ser soñadora soy luchadora, y no me he rendido nunca jamás. Hacer mis sueños realidad nunca fue fácil para mí, pero no recuerdo un instante en el que me derrumbase y dijera “no puedo seguir, no puedo continuar”. Quizás por esa razón estoy circulando en dirección a Dawson City con buen discurso preparado para Harry Walker. Se podría esperar que un ratón de biblioteca como yo fuera... diferente. Más retraída, callada y poco sociable. Una de esas personas que dejan las cosas “estar” por no meterse en problemas. Pero no. Soy soñadora, luchadora e incluso podría decirse que soy una chica divertida. Tengo una personalidad fuerte y decidida gracias a mi madre que, aunque no me guste admitirlo, es exactamente igual que yo. O, mejor dicho, yo soy igual que ella.

Cuatro largas horas después, con el cielo encapotado y oscuro, aparezco ante los primeros comercios de Dawson City. “Bienvenidos al pueblo de la ciudad de Dawson”, reza el cartel de la entrada. Siempre me ha parecido un nombre curioso para un pueblo, un extra que le aporta cierto humor al poblado. Según me explicó mi padre, cuando se declaró “pueblo” a Dawson se le concedió la libertad de continuar utilizando la palabra “city” en su nombre, porque se creía que era la única forma de diferenciarlo de Dawson Creek, una pequeña ciudad situada al noreste de Columbia Británica. Las primeras luces navideñas aparecen frente a mí y no tardo en contagiarme del espíritu de las fiestas mientras avanzo lentamente en dirección al río. El pueblo es pequeño y no tiene más de mil quinientos habitantes. Está formado por ese aire tejano del antiguo oeste que le aporta gracia y turismo en los meses de verano. En invierno, el ambiente se transforma más hogareño. Más de “los de siempre”. Las casas son pequeñas y todas ellas están reformadas y cuidadas al detalle, ya que los habitantes de Dawson siempre han tenido fama de ser trabajadores y detallistas. Y si a todo eso le sumamos que este fue el hogar de Pierre Berton y que, entre estas calles pensó, ideó y creó buena parte de sus historias, ya me puedo dar por perdidamente enamorada.

Las carreteras están despejadas porque la quitanieves ha pasado hace poco por aquí. Aún así y a pesar de llevar cadenas en las ruedas, noto mi coche resbaladizo por la helada. Aparco junto al sendero que lleva al río. Desde aquí, puedo ver las luces de mi vecino encendidas y, al fondo, mi casa. ¡Mi casa! ¡Ay, Dios! ¡Ya es una casa de verdad! Con sus ventanas, su fachada blanca, su tejado rojo... Sin poder evitarlo, me echo a reír como una loca. Creo que la felicidad que siento en estos momentos es tan grande que ni siquiera soy capaz de controlarme.

—Venga, cálmate, Lilly... —murmuro en voz baja mientras abro el maletero.

Hace un frío helador, pero mi entusiasmo ni siquiera permite que sienta cómo los dedos se me van congelando. Saco la bolsa de viaje y la maleta antes de echar a caminar con paso decidido por el sendero que lleva hasta la puerta de mi vecino. Voy cargada hasta arriba y el chaquetón que llevo prácticamente no me deja moverme, pero camino con la cabeza alta y decidida a no dejarme intimidar por ese tal Harry Walker. Es increíble, pero, aunque llevamos varios años peleándonos por el terreno de mi familia y la construcción de mi casa, todavía no le he plantado cara en persona ni una sola vez. Me imagino que será el típico viejo gruñón amargado que quiere vivir en paz alejado de todo el mundo. Un antisocial nato que se pasará los días y las noches agarrado a una botella de licor rancio mientras se compadece a sí mismo por su triste existencia.

Suelto la bolsa y la maleta y toco el timbre. Espero... Un segundo, dos, un minuto, pero nadie responde. Vuelo a tocar el timbre nuevamente antes de echarme atrás dos pasos para comprobar

que las luces siguen encendidas. Y así es. Así que, en efecto, está en casa.

Como mi paciencia tiene un límite y este está llegando a su fin, decido lanzarme a aporrear la puerta directamente. Pero al parecer Harry Walker tiene algo mejor que hacer que atenderme.

—¡Gilipollas! —escupo, agachándome para comprobar si a través de la cerradura consigo atisbar algo.

Pero nada. Solamente distingo un foco de luz que proviene del interior.

“Si se piensa que me daré por vencida tan fácilmente, lo lleva claro”, pienso, cargando de nuevo con mis bártulos para regresar al sendero. Mi casa. Mi preciosa casa. Me quedo paralizada al verla y siento un millar de cosquillitas recorriéndome el vientre. Según el capataz de la obra, todo va viento en popa a toda vela. La instalación eléctrica está terminada, los baños funcionan y la cocina ya está equipada. Hay luz y agua corriente, aunque todavía está sin amueblar y del techo cuelgan bombillas en vez de lámparas. Ya falta poco. Si consiguen cambiar las ventanas para la semana que viene y la tienda de muebles cumple los plazos, pasaré mis primeras navidades aquí. En Dawson City. En mi hogar.

Deslizo la mano por la puerta de la entrada y al hacerlo siento deseos de echarme a llorar por la emoción. Yo, Lilly Curver, por fin he conseguido construir mi pequeño hogar. Tener mi casa... Mi perfecto retiro espiritual para poder trabajar tranquila. Al igual que Pierre Berton, este también se transformará en mi retiro particular.

Saco las llaves con la mano temblorosa, sintiéndome extraña e insegura. Sé que me encontraré una casa vacía e inhabitada, pero en el fondo me da mucho miedo hallar algo que realmente no me vaya a agradar. ¿Y si la han distribuido mal? ¿Y si han pintado las paredes de verde pistacho?

—Vamos allá... —murmuro en voz alta antes de hacer girar la llave.

Abro la puerta poco a poco con la emoción a flor de piel, hasta que...

Siento el empujón y no puedo evitar caer hacia atrás, como si estuviera a cámara lenta. Me golpeo la cabeza con el cemento del suelo y todo comienza a dar vueltas a mi alrededor. Los oídos me pitan, la visión se me emborrona... No soy capaz de comprender qué es lo que ha pasado hasta que siento su peso y sus patas sobre mí, justo antes de que comience a lamerme el rostro.

—¡Quita! ¡Fuera! —exclamo, horrorizada, agitando las manos para espantarlo.

¿Cómo diablos se ha colado un perro callejero en mi casa?

Intento zafarme de él, pero el chucho maloliente no parece tener la intención de moverse.

—¡Fuera de aquí, apestoso!

Estoy a punto de echarme a llorar, cuando escucho unos pasos detrás de mí. Aquí hay alguien más... ¡Un vagabundo! ¡Tiene que ser un vagabundo! ¿Cómo diablos se las ha apañado sino el chucho para entrar? ¡Hay alguien en mi casa!

—Te aseguro que mi Lady no es ninguna apestosa.

Su voz ronca y fría me deja paralizada. Un segundo después, el desconocido suelta un silbido y el perro que tenía encima se aleja de mí moviendo el rabo hacia su dirección.

Me seco las babas del rostro y me incorporo con la mayor dignidad posible antes de lanzarme a por mi bolso. Sin siquiera levantar la mirada, comienzo a buscar en su interior, procurando dar con mi maldito teléfono móvil para llamar a la policía.

—¿Buscas esto?

Levanto la cabeza y me fijo en él por primera vez...

Él, el desconocido, no es ningún vagabundo. Es un chico alto, guapo y bien vestido que, a lo sumo, tendrá cinco o seis años más que yo. Puede que siete, como mucho. Tiene mi móvil en su mano.

—Se te habrá caído —me dice, estirando el brazo para dármelo.

Aún muerta de miedo y con los nervios a flor de piel, asiento y acepto el teléfono.

—¿Se puede saber quién eres tú? —me pregunta con esa voz tan fría e impersonal.

El perro, o la perra, mejor dicho, está sentada junto a su dueño; formal y obediente.

—Eso mismo debería preguntar yo —escupo, armándome de valentía—, ya que soy la propietaria de la vivienda. ¿Tú quién diablos eres? ¿Y qué haces en mi casa?

Él pestañea varias veces, examinándome de arriba abajo con escepticismo.

—¿Tienes algún documento que te identifique como la propietaria de la vivienda? —inquire, cruzándose de brazos.

Esto tiene que ser una broma.

Me fijo en que yo aún estoy en el porche de la casa, mientras que él continúa dentro, en el umbral de la puerta junto a su perro. O perra. O lo que diablos sea. ¿Por qué narices está este tío en mi

casa?

—Sal de mi casa ahora mismo o llamaré a la policía —amenazo, desbloqueando la pantalla del teléfono para que sepa que voy en serio.

Aquí fuera ha comenzado a nevar y puedo sentir los primeros copos de nieve derritiéndose sobre mí. Hace un frío horrible.

—Perdona, entonces debes de ser la insufrible de la señora Curver —dice, sorprendiéndome, mientras se agita la maraña de pelo castaño que tiene en la cabeza.

—La señorita Curver —le corrijo, hastiándome de la conversación, de ser yo la que está en el exterior y de no saber quién diablos tengo frente a mí—. ¿Me vas a dar alguna explicación o vas a seguir ahí plantado sin dejarme entrar en mi casa?

El desconocido da un paso al frente para salir de la casa y se aparta a un lado con la intención de liberar el acceso al interior.

—Harry —se presenta, estirando el brazo a modo de saludo—, Harry Walker.

Horrorizada, no puedo evitar soltar un grito de asombro.

—¡No! —exclamo, arrastrando mi maleta y mi bolsa del viaje al interior—. ¡No puede ser!

Él, muy divertido con mi reacción, retira el brazo sin ofenderse y me dedica una amplia sonrisa.

—Pues al parecer, así es —responde con retintín—. ¿Se puede saber qué hace usted aquí?

—¡Esto es increíble! —exclamo, sin siquiera saber qué responderle.

¿Cómo diablos puede tener tan poca vergüenza? En estos últimos años, me ha denunciado tres veces y ha retrasado mis permisos de obra todo lo posible y más, me ha robado material de trabajo, ha roto mis ventanas, me ha llamado amenazante en varias ocasiones y... ¡Ahora quiere que sea yo quien le dé explicaciones!

—No tienes ni un poco de vergüenza, ¿verdad? —pregunto retóricamente antes de cerrarle la puerta en las narices.

Escucho al perro soltar un ladrido en el exterior mientras yo, histérica, hago un esfuerzo sobre humano por calmarme y no perder los papeles. Me deslizo sigilosamente hasta la ventana del rellano —que aún no tiene cortinas—, y compruebo a través del cristal que mi odioso vecino se

está alejando a través el sendero.

No me lo pienso demasiado antes de regresar a la puerta principal. Aunque dentro de casa también hace frío, en el exterior la helada es todavía más intensa y el contraste al abrirla es patente. Suelto un grito para captar su atención y, cuando se da la vuelta para mirarme, estiro el brazo señalándole con el dedo índice.

—¡Ni se te ocurra volver a acceder a mi propiedad! ¡Y como encuentre algo roto dentro de la vivienda, te denunciaré por allanamiento de morada!

Él, que en absoluto parece intimidado, sonrío y levanta el brazo en señal de despedida. Provocándome. Sí, está provocando.

La sangre me hierve en las venas cuando regreso al interior. Y aunque sigo hecha una furia, al menos me consuela saber que ya le he dejado las cosas claras. Sería un auténtico idiota si se le ocurriese volver a aparecer por aquí.

Lo primero que hago después de recuperar la compostura, es recorrer mi casa para conocerla. Por fin. Llevaba muchísimo tiempo esperando este instante y que el imbécil del vecino me lo haya estropeado es algo que no le perdonaré jamás. Pero cuando por fin recorro sus pasillos y deslizo mis manos por sus paredes, descubro que es perfecta. Tal y como la deseaba. Exactamente igual a como la había soñado. Las ventanas que Harry Walker se ha dedicado a romper en mil pedazos pertenecen al salón, a la cocina y a una de las habitaciones de arriba. Por suerte los obreros han andado listos y las han cubierto con lonas y cinta aislante para evitar que la lluvia, la nieve y el frío se filtren más de la cuenta al interior.

Ya hay luz y agua. No es poco, aunque a estas alturas la vivienda ya debería de estar totalmente amueblada. Si no fuera por Harry Walker, hace meses que ya viviría aquí.

Decido acomodarme en una de las habitaciones de invitados, porque la ventana rota está situada en el dormitorio principal. Coloco las mantas y el saco de dormir en el suelo y decido que, aunque esto no sea el palacio real, podré sobrevivir al frío y a la incomodidad durante una noche o dos. Al menos, hasta resolver el problema de seguridad que tenemos con el amargado vecino.

Cierro los ojos, bien acurrucada, y me despido de mi querida casa y del día de hoy con una sonrisa. “Todo va bien, Lilly”, me digo a mí misma, “en unos pocos días estarás trasladándote definitivamente a tu casa”. Y ese pensamiento me hace tan inmensamente feliz que me cuesta contener el llanto.

—Buenas noches, hogar... Dulces hogar...

Pero aún no he terminado de decir la frase cuando un enorme foco de luz se filtra a través del cristal, proyectándose directamente en mi habitación —y en el resto de la casa, supongo—.

—¿Qué diablos pasa ahora?

Dejo atrás el calor del saco y de las mantas y, descalza, me arrastro hasta la ventana. Estupefacta, observo el gigantesco todoterreno que el vecino ha sacado de su garaje y ha colocado apuntando a la casa. Tiene cuatro enormes focos señalándome. Aprieto los puños con rabia, a punto de perder el control. ¿Es que acaso quiere provocar una guerra? ¿Qué diablos pretende conseguir con todo



esto? Decido resignarme y volver a dormir. Al menos, a intentar dormirme. De todas maneras, la batería de ese trasto no es eterna y en algún momento tendrá que apagar las malditas luces, ¿no?

Regreso al calorcito de mi saco dispuesta a comportarme como una señorita y a no perder los papeles, pero aún ni siquiera me he tapado cuando empieza a sonar de fondo, a todo volumen AC-DC. Lo reconozco porque mi padre sufrió una crisis de los cincuenta muy dura en la que se convirtió en un roquero.

—Esto es demasiado...

Las ventanas rotas que hay en la casa no ayudan a amortiguar el sonido del exterior y el volumen de los malditos altavoces está tan alto que las paredes retumban a mi alrededor.

—Se acabó... —refunfuño, sacando el teléfono móvil y marcando el teléfono de la policía.

Un tono, dos tonos...

—¡Hola! —exclamo, nerviosa—. Miren, tengo un...

—En estos momentos no podemos atenderle, por favor, manténgase a la espera unos minutos... — me interrumpe una voz robótica.

Empieza a sonar una melodía a través de auricular, lo que provoca que mi impaciencia vaya en aumento a pasos agigantados. Es increíble. ¿No se supone que este es un número para emergencias? ¿Cómo es posible que te pongan una musiquita de espera en una situación de vida o muerte? Está bien, este no es el caso. Pero, ¿y si hubiera entrado un ladrón en mi casa? ¿Y si un asesino en serie estuviera en la planta baja de mi vivienda? ¡Es increíble!

—¿Diga?

—¡Menos mal! —respondo, irritada—. Verá, les llamo porque tengo un problema con mi vecino.

—Dígame, señora, ¿qué le ocurre? —inquire, mientras mastica algo.

¡Por Dios! ¡Puedo escuchar su saliva a través del auricular! ¡Es asqueroso!

—Verá, resulta que ha sacado un todoterreno del garaje y está alumbrando a mi casa —le cuento superficialmente—, y para rematar, ¡ha puesto la música a todo volumen! ¿Lo escucha? ¿Puede escucharla? Así es imposible conciliar el sueño.

—Señora... —murmura el policía antes de hacer una pausa para carraspear—. Esta línea es para

emergencias, lo sabe, ¿no?

¿Cómo? ¿Pero cómo diablos se puede tener tanta caradura?

—Y esto es una emergencia —refunfuño de malas formas—. Además, ese hombre es peligroso — señalo, esperando que de esta forma comience a tomarme en serio—. Me ha roto tres ventanas y se ha colado en mi casa con su perro.

—¿Su vecino se ha colado en su casa? —repite con sorpresa.

—Así es —aseguro—. Y me ha roto tres ventanas.

—Verá, señora... Le recomiendo que mañana por la mañana acuda a comisaría e interponga una denuncia en condiciones.

—¡Sí, lo haré! ¡Pero ahora necesito que alguien...!

Y no me da tiempo a decir nada más porque el policía, muy simpático, me corta la llamada en mitad de la frase. ¡Genial!

¿Pero qué diablos pasa en Dawson City?

“TNT” resuena de fondo mientras que yo, amargada, vuelvo a deslizarme hasta la ventana. Ahí está Harry Walker, sentado en su porche con una humeante taza entre las manos. Me ve y sonrío, justo antes de levantar la taza en alto como si estuviera brindado por mí.

—¡Gilipollas! —murmuro, quitando el pestillo de la ventana—. ¡¡¡VOY A LLAMAR A LA POLICÍA!!!

Pero mi amenaza, nuevamente, no le intimida lo más mínimo. Harry Walker se levanta de su mecedora de madera, se lleva la mano al oído para indicarme que no me escucha y, después de volver a brindar con el aire, se da la vuelta para entrar a su casa.

Y es en ese maldito momento cuando me doy cuenta de que tiene el todoterreno conectado a una batería externa. ¡Cabrón!

La mañana siguiente soy un zombi.

Si se escuchaba así en mi casa, no quiero imaginar cómo se debía de escuchar la música desde la suya. ¿Es que acaso ese hombre no está en su sano juicio? En realidad, no necesito que nadie me lo confirme. Ya estoy viendo por mí misma que ese Harry Walker no está muy bien de la azotea.

Me doy una ducha calentita en el baño de abajo y me visto de forma cómoda para afrontar la mañana. Aquí las temperaturas son todavía más bajas de lo que suele ser habitual en la ciudad. Después, con unas profundas ojeras enmarcando mi mirada, decido que ha llegado la hora de ponerse en marcha.

Para cuando llego al centro, el pueblo ya ha amanecido. Los comercios están abiertos y la máquina quitanieves funciona sin descanso para mantener las calles y las carreteras despejadas. Aparco en la zona más transitada de tiendas y, tras coger en la cafetería más cercana un café caliente para llevar, me encamino en busca de un sistema de alarmas. Un par de minutos después, mientras me recorro las calles de Dawson City, los obreros me llaman desde mi casa para comunicarme que ya están ahí con los cristales de recambio. ¡Genial! Decido que ha llegado el momento de cambiar mi humor y no permitir que todo esto me afecte más de la cuenta. Sabía, desde que solicité el permiso de obra y recibí las primeras trabas, que lidiar con mi vecino no iba a ser tarea fácil. Pero tarde o temprano tendrá que asimilar que voy a mudarme, ¿no? No le quedará más remedio que convivir conmigo en paz.

Después de comprar una alarma y contratar un técnico para su instalación, me dirijo a la comisaría con mil dudas rondándome la cabeza. Sé que denunciar a Harry Walker solamente servirá para empeorar las cosas y alargar este absurdo enfrentamiento más de lo necesario, pero otra parte de mí tiene muy claro que no puedo permitir que se cuele en mi casa y que tire piedras a mis ventanas y salir impune de todo eso. Necesita un castigo y ver que sus actos tienen consecuencias.

—Buenos días —saludo al entrar.

La comisaría es pequeñísima. Una comisaría de pueblo como las de toda la vida. Dos escritorios,

una sala cerrada que supongo que será la de los interrogatorios y una celda al fondo. Nada del otro mundo.

—¿Qué desea, señorita? —me pregunta un chico joven de unos veinticinco años.

Algo me dice que es el becario del “sheriff”.

—Verás, vengo a poner una denuncia a mi vecino —le explico con una sonrisa—. Ayer rompió tres ventanas de mi casa, se coló en mi propiedad con su perro y se pasó la noche con la música a todo volumen.

El chico me señala una silla frente a un escritorio y me pide que tome asiento.

—Así que eres tú la que llamó ayer, ¿eh?

Me giro hacia la voz, que la reconozco como la del policía con el que traté ayer. Sale de una puerta esquinada, que supongo que será el baño, mientras se termina de abrochar la bragueta. La imagen no es que sea muy agradable a la vista, la verdad.

—Sí, esa soy yo —le respondo sin un atisbo de humor.

El hombre se sienta en la silla de su escritorio y saca un sándwich pringoso de una bolsa. La estampa que tengo delante no creo que diste mucho de la que se dio ayer por la noche mientras hablaba conmigo.

—¿Podría decirme cómo se llama su vecino? ¿Lo sabe? —me pregunta el becario, haciéndome regresar a la realidad.

—Harry Walker.

El chico deja de escribir y me lanza una mirada confusa. Él otro policía, que parecía decidido a no tomarse en serio mis asuntos, también se levanta de un salto de la silla, dejando de lado el sándwich pringoso que unos segundos atrás devoraba con ansia.

—Déjame, déjame —murmura de forma apresura, apartando al chico de la silla para tomar su asiento y ocupar su lugar—. ¿Qué dices que te ha hecho Harry Walker?

Yo pestañeo con confusión.

O mi vecino es un criminal en potencia —de ahí el interés— o le tienen un especial cariño. Puede que sea el hijo de este tipo, quién sabe.

—Colarse en mi propiedad con su perro, romperme tres ventanas... —comienzo.

El policía gordo que tengo delante sacude la mano, restándole importancia a lo que le estoy contando. Me fijo en que tiene la barbilla manchada de mostaza y tengo que reprimir una mueca de repugnancia para no parecer desagradable.

—Eso son riñas entre vecinos —ataja—, poner una denuncia por un par de malentendidos no tiene sentido.

—¿Malentendidos? —repito, incrédula.

—¿Ya se ha mudado, señorita Curver? —inquieta el joven.

Yo sacudo la cabeza en señal de negación.

—Tenía pensando completar la mudanza en un par de semanas, pero Harry Walker parece dispuesto a tirar mi casa abajo antes de que eso ocurra.

El policía, el gordo repugnante, suelta una risotada antes de pegarle un manotazo a la mesa.

—¡Qué graciosa! —exclama, carcajeándose—. Verdad que es graciosa, ¿Mike?

El chico asiente de la misma.

—Señor... No estoy bromeando —repito, muy seria—. Ayer me recomendó poner una denuncia y eso es lo que deseo hacer.

—No es necesario —sentencia nuevamente, irritándome—. Yo mismo le haré una visita a Harry para poder aclarar esto sin tomar medidas innecesarias.

Y como con esa frase parece convencido de haber zanjado la conversación, se levanta y se dirige a la puerta para indicarme la salida. Yo aún no puedo creer lo que acaba de pasar, así que me levanto también, confusa y desconcertada, y abandono la comisaría sin decir ni un mísero “adiós”.  
¿Pero qué diablos acaba de pasar ahí adentro?

Decido que ha llegado la hora de regresar a casa. En menos de veinte minutos he quedado con el instalador de la alarma —espero que las cámaras de seguridad le disuadan a la hora de volver a entrar en mi propiedad— y todavía tengo que pasar por el centro comercial que hay en las afueras de Dawson City para comprar un colchón decente.

Si tengo que mal-dormir en el suelo una sola noche más, necesitaré empezar el año 2020 en la consulta de un buen fisioterapeuta.

Ya tengo ventanas, cámaras, sistema de seguridad y cocina.

¡Con nevera y todo!

Mañana comenzarán a traer los muebles y creo que estoy tan nerviosa como entusiasmada. Una pequeña parte de mí teme que todo vuelva a retrasarse aún más y que finalmente la casa no esté lista para Navidad, pero mi intuición me dice que esta vez todo saldrá bien. Me preparo una taza de leche caliente con miel y, envuelta en mi saco de dormir, me acurruco junto a la ventana del salón, justo la que da a la parte interna de la casa. Sí, sé que mirando al río y a las montañas tendría unas vistas muchísimo mejores, pero vigilar a Harry Walker se ha convertido en mi pasatiempo favorito mientras esté aquí.

Papá me ha llamado hace un rato. No le hace demasiada gracia que mi estancia en Dawson City vaya a alargarse, porque, según él, “las casas vacías” no son demasiado seguras para una jovencita como yo. Aunque en realidad sé muy bien que eso no le preocupa demasiado. Está nostálgico. Su niñita se marcha a su hogar para comenzar un nuevo futuro y sé que me extrañará. He intentado animarle explicándole cómo tengo pensando decorar el salón, pero creo que la única que sonreía al imaginarlo era yo. En el centro de la habitación colocaré una televisión enorme con un sofá “chaise long” de esos que tan de moda están ahora. La chimenea irá a la izquierda, justo al lado del comedor en el que celebraremos la Nochebuena. Me imagino un enorme árbol de Navidad y mil luces de colores adornando el salón. Quedará precioso, sí. Además, a mis padres les vendrá muy bien cambiar de ambiente y salir de casa por una vez.

Las luces de la planta baja de mi vecino se encienden y mi corazón da un vuelco al verle aparecer en su ventana. Se queda mirándome muy fijamente. Estoy tentada de agacharme corriendo, pero quedaría ridículo. Está claro que me ha pillado observándole. Harry levanta la mano y me saluda. No lleva camiseta y su torso desnudo capta de forma inevitable mi atención. Desde luego, ese hombre está como una verdadera regadera. El termómetro del exterior marca una temperatura de -23°C y nuestros jardines están completamente nevados. Vuelve a levantar la mano, esperando a que le responda con el mismo gesto. “Pues lo lleva claro”, pienso, justo antes de darle un sorbito a mi leche con miel para entrar en calor. Una sonrisa de oreja a oreja se ensancha en su rostro y, aunque le odio con toda mi alma, pienso que tiene cierto atractivo. Es guapo y joven. Y si soy sincera, ni siquiera entiendo qué diablos gana un chico como él haciéndole la vida imposible a su nueva vecina.

Agacho la mirada, un tanto avergonzada por haber sido pillada infraganti, y entonces Harry se da la vuelta y se aleja...

—¡Oh, Dios, NO! —exclamo, alejándome de la ventana como si me hubieran lanzado un dardo venenoso.

El sinvergüenza de él... ¡Está desnudo! ¡Completamente desnudo!

Genial. A parte de tener un vecino maleducado e irrespetuoso, ¡también es nudista!

Coloco la espalda contra la pared y me dejo caer poco a poco hasta terminar sentada en el suelo. Esto es increíble. Mudarme a Dawson City era un plan perfecto para comenzar una vida de tranquilidad y paz en un sitio pequeño, rodeada de naturaleza. Pero no llevo ni dos días aquí y empiezo a temer que haberme casado para el resto de mi existencia con el banco para poder construir esta casa junto al río no ha sido una idea tan buena como cabía esperar en un principio.

—Genial, perfecto... Un vecino nudista que además tiene muy buena puntería lanzando piedras —murmuro de mala gana mientras apago las luces para subir al piso de arriba.

¿Por qué tengo el horroroso presentimiento de que esta noche tampoco será tranquila?

Me acurruco sobre mi nuevo colchón y me coloco los tapones para los oídos. No sé si mi querido vecino decidirá montar otro concierto de rock en plena madrugada, pero he recordado que mi madre era muy sabia cuando decía aquello de “es mejor prevenir que curar”. Estoy tan agotada por las pocas horas que dormí anoche, que nada más ponerme el antifaz —otra nueva adquisición — el sueño comienza a abrazarme muy lentamente. Pienso en él. ¿No es extraño que un chico tan joven y atractivo viva solo? Está bien, yo también soy joven y quiero vivir apartada de todo... Pero sé muy bien que yo soy un “bicho raro”. Un ratón de biblioteca. Un alma solitaria. Siempre he necesitado silencio absoluto para trabajar en mis historias y mi pasatiempo favorito es leer un buen libro junto a la chimenea en una fría e invernal noche mientras nieva en el exterior. Y él... Él no tiene pinta de ser así. En realidad, aparenta ser un alma atormentada.

Al final, el sueño me envuelve.

Sé que estoy soñando porque, de pronto, he amanecido con la casa totalmente amueblada en el día de Navidad. No he mirado ningún calendario, pero ya sabéis cómo funcionan los sueños: las cosas, simplemente, se saben. Y yo sé que hoy celebraremos la Navidad y que mis padres están de camino para ver por primera vez cómo ha quedado mi dulce hogar. La casa está preciosa, repleta de luces y de adornos. Tal y como la había imaginado en mi interior. Además, los villancicos suenan de fondo a un volumen moderado mientras yo tecleo en mi portátil. Estoy a punto de terminar la novela navideña del año, esa que con tantas ansias están esperando mis lectoras, en mi

despacho. Es perfecto. Todo es perfecto.

El teléfono de casa comienza a sonar y yo me apresuro a responder. Es mamá. Al parecer, las carreteras están colapsadas y no llegarán a casa hasta dentro de un par de horas.

—No pasa nada, mamá —respondo, levantándome de la mesa del escritorio—. No hay ninguna prisa.

Mientras camino hacia la ventana, me pregunto qué será de mí las Navidades en las que mis padres no estén a mi lado. Siempre hemos sido una familia de tres, unidos y dispuestos de apoyarnos en lo malo y en lo bueno. Nunca tuve hermanos y tampoco los quise ni los pedí, así que, el día que ellos se marchen a un mundo mejor... Estaré sola.

—Os quiero —respondo, antes de colgar.

Pensativa, clavo la mirada en la casa de enfrente. La casa de Harry Walker. Es extraño que, a pesar de la nieve y del granizo, el día esté claro y despejado. Pero la casa de Walker, en cambio, está rodeada de un aura oscura. De una sombra siniestra. Me percaté de que las flores de su jardín se han marchitado y que las tejas de su tejado comienzan a desprenderse lentamente. Parece a punto de venirse abajo. En el interior, no hay luces, ni color. Solamente sombras. Oscuridad.

Y entonces, cuando me parece atisbar algo a través del ventanal que tiene en la primera planta... ¡Me despierto de golpe! Me quito el antifaz con el corazón acelerado y la respiración agitada y me incorporo lentamente en el colchón para calmarme. Aunque todavía llevo los tapones de los oídos puestos, puedo escuchar el sonido extraño que proviene del pasillo.

—Tiene que ser una broma... —murmuro, liberando mis oídos mientras tanteo el suelo que me rodea para dar con mi teléfono móvil.

Y entonces lo vuelvo a escuchar. Algo está rasgando el suelo del pasillo, justo al otro lado de la puerta de mi habitación. ¡Oh, Dios! ¿Y si es Harry Walker? ¿Y si ha vuelto a colarse en mi casa? ¿Y si pretende hacerme daño? Puede que sea un asesino en serie que pretende quitarse de en medio a su nueva vecina. Con la mano temblorosa, marco el número de la policía mientras me acurruco en una esquina de la habitación. “Puede que solamente pretenda asustarme”, me digo a mí misma en un intento absurdo por mantener la calma y no perder el control. Las manos me tiemblan tanto que me cuesta horrores mantener el teléfono en mi oreja, pero hago un esfuerzo sobrehumano por no dejarlo caer.

—¿Hola? —susurro de forma apresurada cuando los pitidos cesan y se establece la línea.



Y entonces, tal y como sucedió el día anterior, una voz robótica me dice que pronto alguien me atenderá y deja paso a una melodía de espera. “Esto tiene que ser una maldita broma”, pienso para mis adentros. Creo que nunca jamás en mi vida había pasado tantísimo miedo. Además, ¡no entiendo nada! ¿Cómo diablos ha conseguido colarse en mi casa si tengo instalado un sistema de alarma? ¡Vaya mierda de sistema de seguridad!

Lanzo una mirada hacia la ventana del dormitorio y me pregunto si sería capaz de saltar desde esa altura. No lo creo. Al menos, no sin romperme un pie. Pero, tal vez, si desciendo con un poco de paciencia sujetándome al sistema de tuberías de la fachada... Estoy sopesando el lanzarme al vacío cuando, de repente, escucho un ladrido. Los arañazos en el pasillo se hacen más fuertes y, nuevamente, resuena otro ladrido más.

—Tiene que ser una broma —digo en voz alta, antes de cortar la llamada de la policía.

Me levanto del suelo, un poco más tranquila, y enciendo la luz de la habitación. Cuando abro la puerta, me encuentro con la perra de mi vecino nudista esperando, sentada. Nada más verme se abalanza sobre mí y se enrosca entre mis piernas, feliz por haberme encontrado.

—¿Cómo has conseguido entrar tú aquí?

Me froto los ojos, despejándome, antes de encender la luz del pasillo.

—¡Oh, no, no, no...! —murmuro al ver el parqué del suelo lleno de rayones—. ¿Pero qué has hecho? ¡No!

Esto es una verdadera pesadilla.

La perra de mi vecino, que al parecer es tan desvergonzada como él, no pierde ni un segundo y antes de que pueda darme cuenta ya se ha acurrucado sobre mi colchón. Suspiro hondo, decidida a armarme de paciencia. Al parecer, lidiar con ella y con el animal de su dueño no será tarea sencilla.

—Venga, a tu casa —le digo, señalando la puerta de salida.

Pero como era de esperar, la perra no se mueve ni un centímetro.

Me acerco a la ventana para comprobar si Harry Walker está despierto. Las luces están apagadas y no parece haber movimiento en el interior, así que todo señala a que la perra ha debido de escaparse a escondidas.

—Venga, vamos... A la calle —suplico sin esperanzas.

La perrita, que si no recuerdo mal se llamaba Lady, se acurruca entre las mantas y suelta un pequeño soplido. Yo la miro de reojo sin saber qué diablos hacer con ella.

—Está bien... Tendré que salir a buscar a tu dueño —escupo de mala gana mientras rebusco en la bolsa de viaje hasta dar con unos vaqueros—. No me extraña que hayas decidido escaparte de esa casa —continúo, hablando sola—, tiene que ser horrible convivir con una persona como él.

La perra me mira fijamente como si pudiera entender todo lo que le estoy diciendo.

Genial, estoy hablando en voz alta con un perro a las tres de la mañana. ¿Acaso podría ser mi vida más interesante?

Estoy poniéndome los calcetines cuando mi teléfono móvil comienza a sonar. La llamada proviene de la comisaría de Dawson City.

—A buenas horas —respondo de mal humor.

Me imagino que el gordo del jefe policía estaría echándose una plácida siestecita mientras que yo, aterrada, imaginaba mi propia muerte con una musiquita de espera de fondo.

—¿Otra vez usted?

Aspiro, suspiro. Aspiro, suspiro... Lo mejor será no perder los papeles.

—¿Es qué no son capaces de responder una llamada de urgencia a la primera?

—Teníamos avisos más importantes —señala, hablándome con el mismo tono de voz con el que yo me dirijo a él—. ¿Qué ocurre ahora?

—Nada —resoplo, hastiada—, no se preocupe, que me encargaré yo misma de realizar su trabajo.

Y dicho eso, cuelgo el teléfono.

Solamente llevo dos días aquí y ya me estoy ganando bastantes enemigos, pero... ¡Es que no entiendo qué diablos pasa con la gente de Dawson City!

Me calzo las botas de invierno y el abrigo más calentito que tengo por encima del pijama y le lanzo una última mirada furtiva a la perra.

—No vas a acompañarme, ¿verdad?

Ella me observa fijamente con sus grandes y llorosos ojos mientras me deja el saco de dormir repleto de pelos.

Salgo echa una furia de casa y el frío helador de la madrugada me saluda cortándome la piel. Las botas se hunden en la nieve mientras camino a pasos agigantados en dirección a la casa de mi vecino, que está enterrada en el más absoluto silencio. Mientras aporreo sin piedad la puerta, no puedo evitar imaginarme su casa como “la casa de los horrores”, repleta de calaveras y esqueletos siniestros. Toco el timbre y vuelvo a golpear con fuerza la puerta mientras doy saltitos, impacientándome. Tengo las manos congeladas y creo que, si tarda un segundo más en aparecer al otro lado, perderé la punta de la nariz por la hipotermia.

—Venga, vamos... —murmuro, golpeando con todas mis fuerzas.

Escucho un quejido en la planta de arriba y unos instantes después, las luces de la casa se encienden como por arte de magia.

—¿HOLA? —grito, cada vez más nerviosa.

Por suerte para mí, no tardo demasiado en escuchar los pasos de Harry Walker al otro lado de la puerta.

—¿Esto es una broma? —pregunta a modo de saludo.

—Pensaba que lo de no dejar dormir al vecino era una tradición de Daws... —comienzo, pero me quedo muda al darme cuenta de que ha abierto la puerta tal y como vino al mundo. Desnudo. Completamente... ¡Desnudo!

Harry suelta una risita de satisfacción mientras que yo, sonrojada, retiro la mirada a un lado.

—¿Qué puedo hacer por ti, vecina?

—Sacar a tu perra de mi casa, por ejemplo.

Vuelvo a encararle, y al hacerlo, la vista se me va un poco más atrás, hacia su salón. Está repleto de adornos navideños de muchísimos colores, de Santas, de renos... Pestañeo, sorprendida, porque lo poco que se puede ver desde aquí dista muchísimo de ser una casa del terror.

—¿Lady se ha metido en tu casa? —inquire.

Asiento con la cabeza, aún consternada por la sorpresa.

O Harry Walker es un elfo de la navidad o...

—¿Y por qué no la has sacado?

Intento regresar a la conversación, pero soy incapaz de retirar la vista del trencito de madera que hay junto a una estatua de Santa hecha a escala real. Walker se percata de mi repentina curiosidad y entrecierra la puerta para que no pueda ver más allá.

—Perdona... —murmuro, y sin querer, la mirada se me vuelve a desviar. Esta vez a sus marcados abdominales y a su bien dotado...—, es que no podía sacarla de casa —consigo decir, casi en un balbuceo.

—Dame un minuto —responde, cerrándome la puerta en las narices.

Y otra vez a esperar.

No tarda más de cinco minutos en vestirse y regresar, pero es el tiempo suficiente para que mi cabecita empiece a dar vueltas y más vueltas. Habría jurado que Harry Walker era cualquier cosa menos un tipo navideño. Es más, me parecía que no podía ser más huraño, gruñón y solitario. Y claro, tampoco he podido pasar por alto su musculatura y su afortunada genética. ¡Dios!

Echamos a caminar hacia mi casa. Solamente son unos metros de distancia, pero el frío y la nieve hacen que el camino se me haga eterno. Harry sube las escaleras de mi porche con familiaridad y, al verle, no puedo evitar preguntarme cuántas veces habrá recorrido esta zona en busca de alguna forma con la que entorpecer mi obra.

Subo escalón a escalón, rebuscando en mis bolsillos...

—Oh, no...

Él se gira para mirarme y sacude la cabeza en señal de negación.

—¿Te has dejado las llaves dentro?

Asiento muy lentamente, sintiéndome ridícula.

—Pero tú sabes cómo entrar, ¿verdad? —pregunto con cierto tono de esperanza en la voz—.

Levanto la vista hacia las luces encendidas de la primera planta y me imagino a la perra de Walker tumbada en mi colchón, calentita, mientras yo me muero de frío en la calle.

—En realidad, no —responde con una sonrisa irónica—. Los obreros se dejaron la puerta abierta.

¡No me lo puedo creer!

—Ahora el que está bromeando eres tú —murmuro con la boca pequeña, abriéndome paso al

frente para tirar con fuerza del picaporte de la puerta.

—Buena suerte, señorita Curver —me dice con retintín, dándose la vuelta para regresar a su casa.

—Tu maldita perra no sabrá abrir puertas desde dentro, ¿no? —inquiero con desesperación en el preciso instante en el que se escucha un ladrido.

¡Pero no viene de dentro! ¡Sino de fuera!

El maldito animal aparece corriendo y salta sobre su dueño, saludándole sin dejar de mover el rabo ni un solo segundo. Siento cómo el mundo se derrumba a mis pies y, presa de la desesperación, me pregunto a mí misma cómo diablos me las voy a apañar para entrar en casa de nuevo.

—¡Siempre te quedará romper una ventana! —exclama, riéndose de mí mientras desaparece entre los copos de nieve al doblar la esquina de mi casa.

Esto tiene que ser una pesadilla.

No tengo móvil, ni llaves de casa, ni llaves del coche.

Hace un frío terrible y mis opciones son escasas; y puedo asegurar que entre ellas no se encuentra el romper una ventana de mi propia casa. ¡Ni loca!

Además, si estoy en la calle... es por su culpa. Si su maldita perra no se hubiera colado en mi casa yo habría dormido plácidamente y habría comenzado el día con el pie derecho. Pero no, claro que no. Las cosas no podían salirme bien en Dawson City, ¿verdad?

Este será mi futuro hogar y, si lo pienso fríamente —ahora mismo, a veinte grados bajo cero, cualquier pensamiento que tenga es extremadamente frío—, me doy cuenta de que he terminado realmente mal con todas las personas que se han puesto en mi camino. La policía, mi nuevo vecino... Y lo peor de todo es que sé perfectamente cómo funcionan las cosas en los pueblos tan pequeños como este. La gente habla, chismorrea, y antes de que quieras darte cuenta, ya te has ganado una fama de insufrible que no podrás quitarte con el paso de los años.

Mientras camino por el sendero, dando saltitos para entrar en calor, me planteo la idea de disculparme con Harry Walker. Podríamos mantener una conversación de adultos y solucionar nuestras diferencias por las buenas, ¿verdad? Aunque, por otro lado, su actitud es de todo menos adulta. Y no le veo con muchas ganas de intentar buscarle soluciones a algo.

Golpeo la puerta de su casa con el puño y espero pacientemente a que responda. Algo me dice que su primera opción será ignorarme, y cuando veo que dos minutos después no responde nadie, me doy cuenta de que estaba en lo cierto. Vuelvo a golpear la puerta, esta vez tocando el timbre simultáneamente.

—¡No pienso marcharme! —grito muy alto.

¡Por Dios! ¡No siento mi nariz!

¿Cómo demonios puede hacer tantísimo frío? No quiero ni imaginarme las temperaturas que tendremos en febrero.

Vuelvo a tocar el timbre repetidas veces, impacientándome, hasta que Walker aparece al otro lado de la puerta. Su perra, Lady, no desaprovecha el instante y salta sobre mí, haciéndome perder el

equilibrio y derribándome al suelo. Creo que por muchas veces que se repita esta escena nunca llegaré a acostumbrarme o a ser capaz de prevenirla.

—Lady... ¡Ts! ¡Ven a aquí!

El animal, que parece estar bien educado en cuanto a obediencia, se retira de al instante. Desde el suelo, miro hacia arriba con esa carita de corderito que tantas multas de coche me ha ayudado a evitar, rezando para que con el cavernícola de mi vecino también funcione.

—¿Qué quieres? —ataja sin andarse con rodeos.

—Déjame usar tu teléfono y llamar a un cerrajero —suplico con la voz ronca por el frío que hace.

Walker suelta una tremenda risotada, como si acabara de contarle el mejor chiste del mundo.

—¿Quieres llamar a un cerrajero a las tres de la mañana?

Yo asiento muy seriamente mientras me levanto del suelo. El chaquetón y el entumecimiento de mis articulaciones hacen que mis movimientos sean torpes y descoordinados.

—Por favor —añado, haciéndome la simpática.

—Mujer —escupe, sin borrar esa sonrisa irónica de su rostro—. Es que no estás bien de la cabeza, ¿o qué?

Frunzo el ceño sin comprender a qué se refiere.

—Solamente hay un cerrajero en Dawson City, y te aseguro que no va a salir de su casa a las tres de la madrugada para venir a abrirte la puerta. Creo que deberías volver corriendo a tu pisito de la ciudad... Seguro que ahí tienes taxis y cerrajeros a cualquier hora.

Tengo que respirar hondo para relajarme y no soltarle cuatro groserías.

Además, ahora mismo, sé que solamente cuento con su ayuda. No puedo permitirme que esta conversación termine en otra discusión.

—Entonces, ¿a quién puedo llamar para que me abra la puerta de casa? ¿La policía, tal vez?

Walker sacude la cabeza en señal de negación y, al hacerlo, no puedo evitar fijarme en su expresión de fastidio. Y en lo guapo que es, de paso. Tiene un rostro armónico, una sonrisa de anuncio y unos ojos pequeños y tiernos que no le hacen justicia al mal humor que suele tener. No, en realidad, si me hubiera cruzado con él un día cualquier por la calle, no hubiera podido evitar

pensar que era atractivo. Porque lo es, sí. Pero lo mismo que tiene de atractivo, lo tiene de imbécil. La cosa está equiparada y empiezo a pensar que la balanza se inclina más hacia el lado de “imbécil”.

—Espera aquí —me pide.

Entorna la puerta y vuelve al interior de su casa, dejándome aquí plantada. Claro, invitar a una taza de leche caliente a tu vecina, que lleva ya varios minutos en la calle —¡a saber cuánto tiempo ha pasado ya!— es demasiado pedirle a alguien que no tiene ni un ápice de educación. Me froto las manos con nerviosismo y soplo sobre ellas para hacerlas entrar en calor. Al final, guiada por un impulso bastante impropio de mí misma, abro un poquito más la puerta para echar otro vistazo rápido al taller de Santa Claus que mi vecino guarda en secreto ahí dentro. Es... increíble. Os juro que no hay palabras para describirlo. No hay árbol, y prácticamente tampoco luces. Pero las figuras de madera, talladas a mano con tantísimo colores rojos, verdes y dorados son increíbles. Me fijo en una carroza con renos que hay a la derecha y que, la vez anterior, había pasado desapercibida. Es alucinante, de verdad. Estoy observándolo todo boquiabierto, preguntándome qué diablos hará Walker con tantísimos adornos y figuras navideñas, cuando escucho sus pasos escaleras abajo. Me aparto con rapidez y vuelvo a entornar la puerta tal y como él la había dejado justo antes de que la vuelva a abrir.

—Vamos... —me dice, con una radiografía en la mano.

—Creí que lo de abrir las puertas con tarjetas era un mito.

—No es una tarjeta —me dice, levantando la radiografía de un brazo en alto para que yo pueda verla—. Y no, no es un mito.

Lady y yo caminamos detrás de él mientras la nieve que cae sobre nuestras cabezas se intensifica. Parece que el temporal empeora por momentos, así que rezo internamente porque Walker consiga abrir la maldita puerta. No me quiero imaginar el tener que pasar treinta minutos más en la calle, porque estoy convencida de que terminaría sufriendo una hipotermia severa.

—¿Vas a ayudar? ¿O piensas quedarte mirando?

Doy un paso al frente.

—Claro, sí... ¿Qué quieres que haga? —pregunto.

—Coge el picaporte y tira con fuerza hacia fuera, ¿vale?



Asiento con la cabeza, mirándole directamente a los ojos. Por unos segundos, se me olvida que el chico que tengo junto a mí es el hombre que ha hecho de mis últimos años un infierno. Y la verdad es que, desde esta perspectiva, casi parece una persona agradable y servicial, dispuesta a colaborar con una vecina en apuros.

—Tira con fuerza —gruñe, forcejeando con la cerradura.

Y dos segundos después, suena un “click” y la puerta termina abriéndose igual que en las películas de acción.

—¡Sí, sí, sí! —grito, dando saltitos de alegría.

Cuando me giro hacia Walker me doy cuenta de que el también está sonriendo, y esta vez no lo hace con ironía. Parece que, el hombre de hielo, por fin se ha contagiado con mi ilusión.

—Pues... ya está —me dice, señalando al interior—. Buenas noches.

—Buenas noches —respondo, aún sin borrar la sonrisa tonta de mi cara.

Me quedo en la puerta observando como él y su perra se alejan lentamente por el sendero nevado y tengo la sensación de estar viviendo un “deja vu”. En unas pocas horas, he visto esa espalda alejarse de mí en más ocasiones de las que me gustaría.

—¡Eh, Walker! —grito, captando su atención—. ¡Tu perro me ha arañado el parqué del suelo!

Se gira hacia mí y se queda mirándome. Estoy convencida de que en cualquier momento me soltará alguna de sus groserías, pero en lugar de ello, sonrío.

—Entonces ya estamos en paz, Lilly.

“Lilly”.

Es la primera vez que pronuncia mi nombre y... Me doy cuenta de que suena demasiado bien en su boca.

Avergonzada de mis propios pensamientos, me doy la vuelta y cierro la puerta de un portazo con el corazón acelerado, subiendo y bajando de forma notoria en mi pecho.

Sí, sigue cayéndome rematadamente mal. Sí, Harry Walker sigue siendo el vecino cretino que ha alargado mi obra hasta el fin de los días. Y sí, es un narcisista insufrible. Pero... no puedo negármelo a mí misma. Le deseo.

La navidad cada vez está más cerca y yo no puedo estar más emocionada.

En realidad, sé que debería de sentirme preocupada por los pésimos avances que he realizado en mi nueva novela, pero no puedo evitar contagiarme con un poco de buen humor teniendo en cuenta que, por fin, después de tanto esfuerzo, veré la luz. Hoy empiezan a amueblar mi casa, y aunque es un proceso que durará varios días —incluso se podría alargar a semanas—, no puedo sentirme más dichosa.

Meto las manos en mis bolsillos para evitar que los dedos se me entumescan por el frío y paseo calle arriba recorriendo la espina dorsal de Dawson City. Me quedo mirando uno de los escaparates que reza: “hay chocolate caliente y churros” y decido que hoy es tan buen día como cualquier otro para ingerir unas cuantas calorías extras, de esas que terminan en tus caderas por el resto de los años.

La cafetería está vacía. Y no es de extrañar, porque solamente son las ocho de la mañana.

He tenido que salir pronto de casa para que los obreros puedan trabajar tranquilos y la casa de muebles puedan dar comienzo a los montajes.

Me siento en una mesa cercana a la barra, que está, además, justo al lado de la estufa de gasoil. La cafetería es pequeña, decorada de forma navideña con colores rojos y dorados. Mis favoritos. En una de las esquinas hay un pequeño árbol repleto de papelitos que captan inmediatamente mi atención. Echo un rápido vistazo a la barra, que está vacía y decido acercarme a ver el arbolito mientras sale alguien a atenderme. “Una Navidad Feliz”, “Un próspero año nuevo”, “Salud para todos los que la necesitan”, “Amor”, “Paz”, “Felicidad” ...

—Son deseos —dice una voz femenina en mi espalda.

Me giro y me encuentro con una chica que tendrá, de forma aproximada, mi edad. Es guapísima, delgada y parece sacada de una de esas revistas de repostería. Va vestida con un delantal de magdalenas y lleva el cabello recogido en una cola de caballo.

—Qué bonito... —murmuro con una sonrisa antes de regresar a mi mesa.

—Cuando mi madre abrió la cafetería, en las navidades de mil novecientos ochenta y dos, se gastó todo el presupuesto en la reforma y en el árbol de Navidad. No tenía dinero para adornos ni bolas

—me explica con una sonrisa de orgullo—, así que puso el árbol. En una semana sus clientes ya lo habían llenado de papelitos con deseos.

—Vaya, pues sí que es una historia bonita.

Ella se frota las manos en el delantal y me pregunta qué quiero tomar.

—Chocolate con churros —respondo, muy segura con mi elección.

¿Hace cuánto tiempo que no me tomo un chocolate calentito? Al menos desde las navidades pasadas, como poco.

—Eres nueva por aquí, ¿verdad? —inquire—. Yo soy Karen.

—Sí, soy nueva. Lilly, Lilly Curver.

—¿Y estás de paso o tienes pensado mudarte? —interroga, justo antes de dejar una preciosa tarta de chocolate sobre la barra.

De forma inconsciente, los ojos se me clavan en ella.

—Me mudo junto al río.

—¡Oh, ya sé! ¿La casa nueva que están construyendo desde hace unos años? ¿Junto a la de los Walker?

“Los Walker”, repito mentalmente.

Creí que solamente tenía a Harry de vecino insufrible.

—Exactamente —sonrío, mientras ella coloca sobre mi mesa una taza de chocolate caliente, un platito con churros y otro plato pequeño con una porción de tarta de chocolate.

—Invita la casa —me dice de forma encantadora—. ¿Y cómo va la mudanza? ¿Ya te has asentado en Dawson?

Media docena de churros y tarta de chocolate para desayunar, ¡genial! Desde luego, si sigo a este ritmo terminaré necesitando una silla de ruedas para moverme por el pueblo.

—En realidad, estoy en ello.

La camarera, Karen, sigue plantada delante de mí y decido no desaprovechar esta oportunidad para sonsacar un poco de información sobre Walker.

—Creí que solamente tenía un vecino —señalo con inocencia—. Harry Walker. No sabía que estuviera casado.

Ella suelta una risita y me pregunta con la mirada si puede tomar asiento en la silla vacía que tengo en frente.

—Adelante.

—He dicho los Walker porque esa casa pertenecía a los padres de Harry —me cuenta—. Vivían allí, ellos y la hermana pequeña de Harry. El señor Walker era el alcalde del pueblo de Dawson. Un alcalde muy querido y respetado, la verdad...

—¡Oh! ¿Y ya no viven aquí?

—Fallecieron en un accidente de coche hace ya unos años... Es una historia de lo más triste.

Nada más escuchar eso, la piel se me pone de gallina y no puedo evitar comenzar a atar cabos sueltos.

—¿Fallecieron...?

—Sí, fue terrible —continúa, pensativa, ahondado en sus propios recuerdos—. Creo que Harry nunca llegó a superarlo.

—Ya... Esas tragedias nunca se superan.

Trago saliva, imaginándome lo que ese hombre ha debido de sufrir. ¿Qué sentiría yo si perdiera a toda mi familia de un plumazo? En este mundo, solamente tengo a mis padres. A nadie más. En el fondo siempre he creído que era tan rara que los únicos que me aceptaban tal cual eran ellos; así que no quiero imaginar qué sería de mí si me dejaran.

—Murieron en Navidad, mientras Harry trabajaba en el mercadillo del pueblo —susurra, aunque casi parece que está hablando consigo misma—. ¡Oh! ¡Por cierto! ¿Sabías que el mercadillo de Navidad se inaugura hoy? A las siete en la plaza del mercado —me explica, estirando el brazo en dirección norte—. No tiene pérdida y es precioso.

—Seguro que lo es —corroboro, tomando un sorbito del chocolate.

Está caliente y espeso, tal y como me gusta.

—Deberías pasarte, te gustará. Nosotros tenemos un puesto justo detrás del árbol —añade—, así que, si vas, haznos una visita. Tendremos tartas, muffins, postres navideños variados y mucho chocolate —asegura, guiñándome un ojo en el momento justo en el que entra un nuevo cliente.

Es un señor de unos cincuenta y muchos años. Deben de conocerse, porque se saludan con un fuerte abrazo. Bueno, en realidad, esto es tan pequeño que seguro que aquí todo el mundo se conoce.

Unos minutos más tarde la cafetería comienza a llenarse poco a poco y cuando quiero darme cuenta, ya no queda ni una sola mesa libre. Karen se deja pasar por aquí y me explica que tiene “el mejor chocolate caliente de todo Dawson” y que todo el mundo lo sabe. Pero pasados diez minutos, vuelve para recoger un plato y rectifica, añadiendo “que es un título fácil de conseguir porque ninguna cafetería más tiene chocolate caliente”. Me cae bien. Es agradable y simpática. Una de esas mujeres de pueblo que se conforma con poco y que es feliz sin exigir mucho.

Cuando me marchó de allí, siento que por fin he encontrado una persona en Dawson City que no me ha juzgado de buenas a primeras. Por fin.

Pasar el día fuera de casa, haciendo tiempo para poder regresar, resulta agotador. Más aún con el frío que hace. A las cinco de la tarde el cielo ya se ha teñido de una negrura total y decido regresar a mi hogar para ver los avances.

Al parecer, hoy nadie ha tenido ningún percance con el vecino y los montadores han conseguido terminar con el salón.

Cuando lo veo, me quedo muda. Es perfecto, tal y como yo lo había diseñado junto con la casa de muebles sobre los planos. La mesa del comedor, el amplio sofá frente a la chimenea... Simplemente, inmejorable. Aún les queda trabajo por delante y encerrarme entre estas paredes solamente servirá para que el taladro me provoque un irremediable dolor de cabeza, así que decido acercarme al mercadillo navideño de Dawson City para entretenerme lo que resta de tarde.

El pueblo es pequeño, pero hoy está abarrotado. No solamente se inaugura el mercadillo, sino que, además, se encienden las luces navideñas de las calles. Los niños juegan a lanzarse bolas de nieve mientras que los adultos pasean y charlan entre las farolas decoradas con guirnaldas. Son las siete y media de la tarde cuando entro en la colmada plaza del mercado. Es preciosa, con un enorme árbol repleto de luces amarillas, blancas y rojas que iluminan cada puestito de los mercaderes sin necesidad de más ayuda. Soy incapaz de contar cuántos puestos hay, así que decido perderme entre la gente y descubrirlos por mí misma. Comida, juguetes, bebidas calientes... De todo. Pero el puesto más grande de todos es una caseta de madera que tiene un cartel gigante que reza “La casa de Santa”. Decido dejarlo para el final y me entretengo buscando la caseta de Karen para poder tomarme uno de sus deliciosos chocolates a la taza. No he caminado ni dos metros cuando percibo el olor familiar del chocolate fundiéndose en una cazuela. Hay bastantes personas esperando a ser atendidas delante de mí, pero no me importa. No tengo prisa. Por los altavoces del mercado suena “Rudolph the red” y no puedo evitar ilusionarme con el ambiente que se respira. Es maravilloso.

—¡Lilly! —me saluda Karen con su sonrisa de actriz.

Es tan perfecta que me pregunto por qué diablos estará trabajando en una cafetería de pueblo si cualquier cadena de televisión se pelearía por ella. Está claro que ninguna agencia de modelaje le diría que no.

—¿Quieres un chocolate? ¿Y unos churros?

Asiento con una sonrisa y le pregunto “qué tal” levantando el tono de voz para que pueda escucharme por encima del bullicio de la gente. Junto a ella, hay otro chico alto y guapo que se le parece muchísimo. No hay que ser muy avisado para adivinar que son familia. Karen me tiende la taza y los churros y me pide que espere un segundo. Un instante después, sale de su caseta acompañada del chico que no he pasado por alto.

—Duncan, esta es Lilly —me presenta con rapidez—. Y Lilly, este es mi hermano Duncan.

Nos saludamos con dos rápidos y tímidos besos.

¡Es increíble lo mucho que se parecen!

—Es nueva en el pueblo y acaba de mudarse —explica Karen con rapidez—. ¿Le haces un pequeño tour por el mercado?

—¡No, no! —exclamo, avergonzada, pero antes de que pueda decir nada él ya ha asentido, encantado con el plan.

—Cualquier cosa con tal de no trabajar —bromea, guiñándole un ojo a su hermana.

Unos instantes después, nos despedimos de Karen y nos adentramos en las entrañas del mercadillo navideño. Se ha formado un silencio incómodo entre Duncan y yo y, si he de ser sincera, no sé muy bien cómo romperlo. Nunca se me han dado bien las personas, mucho menos hacer amigos nuevos. Los pocos que tengo provienen de mi infancia y son ese tipo de personas que por muchos años que pasen siempre estarán para mí por los lazos que nos unen. Pero, generalmente, podría decirse que soy bastante solitaria y antisocial. O al menos, eso suelen decirme mis padres.

—¿Te gusta Dawson?

—Sí, me encanta —admito—. Siempre quise mudarme aquí.

Me siento tan extraña caminando con un desconocido a mi lado, que ni siquiera pruebo el chocolate. Me resulta embarazoso comer chocolate con churros delante de él porque no hay ninguna confianza, y siempre me ha resultado extraño que alguien se fije en mi manera de masticar. Sí, lo sé. Suena estúpido y absurdo, pero..., yo soy así —estúpida y absurda—.

—Yo siempre quise marcharme de aquí, pero nunca veo la oportunidad de hacerlo —me explica, intentando romper el hielo—. Creí que después de cumplir la mayoría de edad me dejarían marcharme, pero mis padres me tienen retenido y explotado en la cafetería.

¿La mayoría de edad? ¡¿Cómo?!

—¿Cuántos años tienes?

—Veinte. ¿Y tú?

Y cuando lo dice, el mundo se me viene abajo.

¡Oh, Dios! ¡Soy una abuela! ¿Cómo es posible que le saque once años a este chico?

—Treinta y uno —respondo avergonzada.

Duncan suelta una risita amistosa antes de susurrarme en el oído que jamás lo hubiera adivinado. Yo, boquiabierta, camino como un robot intentando averiguar si está flirteando conmigo o no. Y espero que no, porque si así fuera podría considerarme una verdadera asaltacunas. Después de un rápido recorrido por la zona, nos adentramos en la enorme casa de Santa. La caseta más grande y la atracción principal de todo el mercado navideño.

—Esta es mi favorita de todas —me explica Duncan con una sonrisa de oreja a oreja—. Cada pieza que ves ha sido tallada a mano, y lo mismo que la pintura y el barniz. ¿Sabes que prácticamente ya no queda ningún artesano de la madera?

—Vaya... —susurro en voz baja mientras acaricio la enorme cabeza de la figura de un reno.

Lo conozco al instante. Las figuritas de “La casa de Santa” son las mismas que he visto en casa de mi vecino, Harry Walker. Me estoy preguntando quién será el autor de estas bellísimas obras de arte cuando me choco de bruces con alguien. Caminaba tan ensimismada que ni siquiera me había percatado de la presencia que tenía frente a mí.

—¡Lo siento! —exclamo, mientras mi chocolate caliente con churros termina desparramado en el suelo.

Me agacho rápidamente para recoger el vaso de plástico y el paquete de churros y poder tirarlo en alguna papelería cercana.

—Hola, Harry —saluda Duncan.

“Harry”

Levanto la mirada desde el suelo y mis ojos chocan con los suyos. La sonrisa de magnificencia de mi vecino me aplasta al instante, borrándome cualquier atisbo de felicidad que sintiera hasta este instante. ¿Estoy bien con él? ¿Hemos firmado la paz o seguimos en guerra? ¿En qué punto exacto



se encuentra nuestra extraña relación de vecinos?

—¿Qué tal, Duncan? —responde él, dedicándole una sonrisa de complicidad—. ¿Cómo van tus padres?

—Todo bien... Ya sabes, como siempre.

Walker asiente y Duncan se apresura a ayudarme a levantarme del suelo. Antes de que pueda decir nada, mi nuevo amigo me quita de las manos el vaso y los churros y me dice que se encarga de tirarlos a la basura. Voy a protestar, porque tener que ir yo misma a tirar esas cosas me da la excusa perfecta para perder a Walker de mi vista. Pero antes de que pueda decir nada, Duncan ya se está alejando hacia la salida de la caseta.

—No esperaba verte por aquí —señala con el gesto tenso.

Yo intento sonreír y no parecer desagradable.

—Ahora vivo aquí —le recuerdo.

Y ese pequeño detalle no parece hacerle demasiada gracia.

—Para mi desgracia —refunfuña, justo antes de darme la espalda.

¡Dios! ¡Lo mismo que tiene de guapo, lo tiene de maleducado!

—¡Eh! —exclamo, siguiéndole por el pasillo—, ¿puedes esperar un momento?

Harry suspira hondo. No le veo la cara, pero incluso desde aquí soy capaz de escuchar su resoplido.

—¿Qué quieres, Curver?

—¿Qué diablos te pasa conmigo y con mi maldita casa? ¡Es que no lo entiendo!

Walker sacude la cabeza en señal de negación y refunfuña algo incomprensible.

—¡Que te hayas quedado sin vistas a la montaña no es culpa mía!

—En realidad, sí —asegura con otra de sus irónicas sonrisas—. Es culpa tuya y de nadie más. Para empezar, ese terreno no era edificable, pero supongo que te las habrás apañado bien para conseguir los permisos que el resto de los humanos no podíamos conseguir. Y segundo, te ha salido gratis.

—Claro que me ha salido gratis —repito, retándole con la mirada y reduciendo la distancia que hay entre nosotros de forma amenazante—. Lo he heredado de mi familia.

Harry suelta una carcajada y, haciendo lo mismo que yo, reduce la distancia otro paso más. Empiezo a sentirme intimidada y camino un paso hacia atrás con la intención de ganar espacio, pero al final termino golpeándome la espalda con la pared de la caseta. Walker alarga un brazo, arrinconándome. Su rostro está tan cerca del mío que puedo sentir su aliento en mi piel.

—Ya veo que no tienes ni idea de tu historia familiar —me dice, casi en un susurro. Siento su calor, su cuerpo, su aliento en mi oreja y no puedo evitar estremecerme—. Mi abuelo le cedió un trozo de terreno a tu abuelo para una caseta de pesca. Un terreno que, te vuelvo a repetir, no era edificable.

No puedo evitar sonreír con sorna.

—Un terreno que, como puedes comprobar, ha pasado a ser edificable —señalo.

Harry Walker está tan cerca de mis labios que tengo la sensación de que en cualquier momento me acabará besando. Y lo peor de todo es que quiero que lo haga. De forma inconsciente, mi cuerpo reacciona a su proximidad. Entre abro los labios mientras mi respiración se agita, acelerando mis pulsaciones. Nuestras miradas se clavan en el otro y, aunque jamás vayamos a admitirlo ninguno de los dos, sé que en el fondo siente lo mismo que yo. Sé que anhela presionar sus labios contra los míos y...

—Me ha llamado mi hermana.

La voz de Duncan me obliga a regresar a la realidad, rompiendo el instante —si es que había algún instante—. Me giro hacia él y veo su gesto de desconcierto al verme tan cerca de Walker.

—Al parecer necesita refuerzos en la caseta —señala, justificándose.

—Sí, claro... Un placer, Duncan.

—Un placer, Lilly... —murmura, avergonzado—. Harry...

—Adiós, Duncan —responde Walker con la voz seria.

Veo cómo el muchacho se aleja y después vuelvo la vista hacia mi captor. Y digo “mi captor” porque continúa apresándome contra la pared, atrapada entre sus brazos.

—¿Acabas de espantar a mi ligue? —pregunto, tirándome un farol.

Jamás hubiera tonteado con un chico once años menor que yo, pero por alguna razón me apetece poner celoso a mi vecino.

—¿En serio? ¿Tu ligue? —repite con una risita que me desquicia.

—¿Qué pasa?

Harry sacude la cabeza en señal de negación y me libera.

—No pasa nada —asegura, aunque su gesto aún denota cierto aire de superioridad—. Tengo que ponerme a trabajar, tengo clientes.

Y entonces, empiezo a atar cabos con rapidez.

El padre de Harry Walker era el querido y respetado alcalde de Dawson, ese alcalde que durante muchos muchísimos años nos negó el permiso de edificación y construcción. Resulta curioso que una vez falleciese y el pueblo cambiase de alcalde, me concedieran el permiso sin necesidad de insistencia.

—¿Tu padre me negaba el permiso de construcción? —pregunto en voz alta, boquiabierta.

—Y te lo seguiría negando si estuviera en este mundo —responde sin mirarme, en el preciso instante en el que una mujer se acerca para preguntarle por una de las figurillas.

Y entonces comprendo que no es que Harry Walker tenga una extraña obsesión por el artesano de estas piezas, sino que, en realidad, el creador de las mismas es él. Armándome de valentía y consciente de que, seguramente, más tarde me arrepentiré de lo que estoy a punto de decir, me acerco hasta él y carraspeo para interrumpir el discurso que le está soltando a la mujer.

—¿Sabes? Tu padre era tan déspota como tú —suelto a bocajarro, y sin esperar ninguna respuesta, me alejo.

Estoy a punto de salir por la puerta de la caseta cuando le escucho gritar.

—¡No tienes ni la menor idea de quién era mi padre!

Cuando me subo en el coche, dispuesta a regresar a casa, me doy cuenta de que tenía razón. Me siento fatal. No tenía que haberle dicho nada de su padre porque, si algo me enseñó el mío, es que uno nunca debe hablar mal de un difunto. Y menos aún a uno de sus familiares.

Aún así, arranco el motor y me encamino con la nevada carretera de regreso a casa. Hace un frío horrible y a pesar de llevar guantes no siento las manos, pero pongo la calefacción a tope diciéndome a mí misma que seguro que en mi fría y vacía casa entraré en calor.

Supongo que la sorpresa que me llevo al verla con algunos muebles es aún mayor, porque después de la discusión con Walker ni lo recordaba. Me paseo por la sala, deslizando la mano por encima de la tela del sofá y mientras pienso que, en efecto, está quedando de ensueño. Tal y como la había imaginado en mi cabeza. Me pongo el pijama, saco el portátil dispuesta a escribir un rato y me acurruco en el sofá. El tiempo se me empieza a echar encima y debería dedicarlo cien por cien a la nueva historia, pero estoy en blanco. Hace varias semanas que mi imaginación se ha quedado estancada y que no avanza ni tiene nuevas ideas. Una pequeña parte de mí opina que quizás se deba a que últimamente no me haya pasado nada interesante, pero descarto esa opción con rapidez. Me he quedado tirada en la calle en plena nevada, me peleo constantemente con mi vecino y estoy cien por cien inmersa en la obra de mi nueva casa. La segunda opinión que mi subconsciente plantea a mi bloqueo es que, por ese exceso de preocupaciones, no consigo concentrarme en nada más. Y supongo que esta vez sí que podría estar en lo cierto, porque no he comenzado a teclear y antes de que pueda darme cuenta ya estoy pensando en Harry Walker. En sus brazos, en su aliento, en su perfume, en su mirada intensa, en su sonrisa socarrona y esa forma de hablar que tiene, como si su razón fuera la más absoluta de todas. Cierro los ojos y vuelvo al instante en el que nos hemos encontrado en el mercadillo. No puedo evitar preguntarme si, quizás, en el caso de que Duncan no hubiera aparecido por allí, me hubiese besado. No, seguro que no. Es evidente que me odia más que a nadie en este mundo.

Suspiro hondo, sintiéndome estúpida con desear con tanta fuerza un maldito beso suyo. Ni siquiera soy capaz de comprenderme a mí misma, la verdad. Es innegable que es un hombre atractivo, pero... Más allá de ahí, no tiene nada que pueda resultar de mi interés. En absoluto.

Y aún así, me pregunto cómo besaré...

Un fuerte ladrido me distrae de mi imaginación y me obliga a regresar a la realidad. No puedo

evitar dar un respingo al escucharlo, pero después consigo relajarme y recuperar el ritmo normal de mis pulsaciones tras el susto inicial. Es Lady, la perra de Walker. Al parecer, ha decidido que hoy también es una buena noche para colarse en mi casa.

—¿Qué haces tú aquí? —pregunto, como si el animal pudiera entenderme y responderme—. Estás intentando escapar de tu secuestrador, ¿verdad? Te entiendo. Yo también huiría de él.

La perra se acerca a mí moviendo el rabo de lado a lado y, un instante después, pega un salto y se sube al sofá. Me llevo las manos a la cabeza al ver sus patas mojadas marcándose en la preciosa y nueva tela beige.

—¡Nooooo! —exclamo, sintiéndome idiota.

¿Cómo diablos no he podido prever esto?

Suspiro hondo, convenciéndome a mí misma de que la tela se puede lavar y que no quedará ni rastro de esas marcas.

—Espero que la de los muebles no me haya engañado y sea una tela antimanchas —refunfuño, antes de volver la mirada hacia la pantalla del ordenador—. ¿Me vas a ayudar a escribir? Creo que necesito un milagro.

El animal se acurruca más contra mi cuerpo, proporcionándome un agradable calor. Sé que debería salir y buscar a Walker para devolvérsela, pero, en realidad, lo último que me apetece es tener otro absurdo enfrentamiento con él. Además, estoy convencida de que todavía continúa en el mercadillo navideño, exhibiendo sus obras de arte.

El timbre de casa suena repetidas veces. Lady ladra de fondo y por las ventanas, esas que aún no tienen cortinas, se cuelan los primeros rayos de sol de la mañana. El timbre vuelve a sonar.

Anoche me debí de quedar dormida en el sofá porque, cuando abro los ojos, el portátil está sobre mí y yo estoy acurrucada en una esquina.

—¡Ya voy, ya voy! —grito, exasperada.

“Menuda forma de amanecer”, me digo a mí misma mientras rebusco por el suelo intentando dar con una desaparecida zapatilla de andar por casa. El timbre vuelve a sonar de nuevo. Lady vuelve a ladrar otra vez. Joder. Desesperada, decido ir descalza hasta la puerta para poner punto final a esta locura de despertar.

Me pregunto a mí misma si será la casa de muebles que viene a continuar con el montaje, pero

nada más abrir la puerta veo a Harry Walker al otro lado, observándome con escepticismo, y comprendo que seguramente venga para recuperar a su perra.

—¿Ahora me robas a Lady? —inquire, retirándome de la puerta de un empujón para pasar al interior.

¡Vaya humos!

—Yo no te he robado a tu perra —señalo con voz adormecida y cansada—. Se habrá escapado de su casa por alguna razón... No lo sé... ¿Quizás porque eres un insoportable?

Me masajeo las sienes y me froto los ojos, intentando espabilar.

Walker se agacha para comprobar que su animal está “sano y salvo” y después vuelve a centrarse en mí.

—Me he pasado la noche buscándola por Dawson —escupe, mirándome muy serio—. ¿Te parece divertido? ¿Crees que no me intereso por mi perra?

—No... Yo no...

—¡Ella es lo único que tengo y pensaba que estaba perdida por la calle con veinte grados bajo cero!

Me quedo planchada.

La verdad es que esta vez tengo que admitir que tiene un poco de razón. Quizás debía haberle avisado...

—Lo siento... Mi intención no era preocuparte.

—¿Ah, no?

Empezaba a sentirme mal conmigo misma, pero su tonito desagradable me hace recuperar el juicio. ¿Acaso él se siente mal alguna vez? ¿Es que piensa en alguien que no sea él mismo?

—¿Sabes qué, Walker? Si la vigilases mejor y no se fugase cada dos por tres de tu maldita casa, no te habrías pasado la noche buscándola —escupo al final, rabiosa.

Vuelve a acercarse a mí con paso firme y decidido. Y me asusto. Algo en mi interior me dice que no será capaz de hacerme nada malo, pero... Es tan grande, tan fuerte y tan imponente que una pequeña parte de mi interior no puede evitar tenerle miedo.

—¿No puedes dejar de ser taaaan impertinente ni por una vez, Lilly Curver? —me pregunta, una vez más, acercándose a mí más de lo necesario.

Podía habérmelo dicho desde donde estaba. Pero no, ha tenido que venir hasta aquí. Ha tenido que acercarse, que provocarme.

—¿Contigo? No.

Mi respiración se agita tanto que incluso yo puedo ver cómo mi pecho sube y baja de una forma poco natural y saludable. Las piernas me tiemblan ligeramente cuando le miro y... le deseo. Le deseo mucho.

—Eres una auténtica insufrible —murmura con el tono de voz contenido.

Yo le mantengo la mirada, retándole, mientras un millar de cosquilleos revolotean en mi vientre como si fueran mariposas. El calor me sube por las entrañas y soy consciente de que ese ardor que siento ahí es excitación.

—Ya... Puede ser —admito en voz baja, casi en un susurro.

Porque no tengo voz. Porque la fuerza se me escapa con cada suspiro y porque esta vez, está consiguiendo intimidarme de una forma que no creía posible. Walker vuelve a acortar la distancia otro paso más. Dios. Está tan cerca... Mucho más cerca de lo que estuvo de mí ayer en el mercadillo. Y entonces... Entonces se me termina de nublar el juicio y pierdo la cabeza por completo, porque antes de que pueda darme cuenta rodeo su cuello con mis brazos y presiono mis labios contra los suyos, conteniendo la respiración. Quizás esperaba que él me apartase de un empujón, poniendo punto final y un poco de cordura a esta situación. Pero no lo hace. Sus manos se posan en mis caderas y sus labios me besan casi con la misma intensidad con la que lo hago yo. Nuestras lenguas se entrelazan mientras el calor que liberamos ambos se mezcla en el aire. Puedo sentir la sexualidad, la tensión y el deseo flotando mientras introduzco mis manos bajo su camiseta para intentar arrancársela. No puedo, porque él no se aparta ni un instante de mí. Me empuja lentamente y ambos caemos al sofá sin dejar de besarnos. Cuando libera mis labios, cojo aire y me doy cuenta de que llevaba varios minutos conteniendo la respiración sin ser consciente de ello. Él me quita el camisón de forma brusca, sin delicadeza, y yo tiro de su ropa con la misma fuerza y ansia. Vuelve a besarme. Pero esta vez no solamente me besa en los labios; su boca recorre mi cuello, mis senos, mi ombligo y..., al final, termina introduciéndose entre mis piernas. Yo estoy húmeda y avergonzada al mismo tiempo, pero cuando tira de mi clítoris con tanta mañana suelto un grito de placer, rindiéndome a él y enredando mis dedos entre su mata de pelo. Tiemblo de arriba

abajo y gimo. Jadeo. Sin ser consciente, grito su nombre y le suplico que no pare. Sé que después todo esto será un borrón de confusión y vergüenza, pero ahora mismo es todo lo que quiero. Lo que deseo. ¡Oh, Dios, sí! ¡Le deseo!

Se aparta de mí y se levanta del sofá. Me observa con los ojos desencajados, de una forma salvaje y animal. Yo me vuelvo a lanzar a sus brazos, y entonces él se apresura a cogerme en el aire. Enrosco mis piernas alrededor de su cintura y poco a poco me va dejando caer mientras se clava en mí por completo, llenándome. Grito. Jadeo. Me vuelvo loca. El éxtasis y el placer que siento es tan fuerte y tan intenso que estoy mareada, pero no quiero que pare. No quiero que se detenga ni un solo instante. Me aprieto con fuerza contra su cuerpo y apoyo mis manos en sus hombros para ayudarle a soportar mi peso, aunque algo me dice que es una ayuda innecesaria. Me sube y me baja, penetrándome por completo. Mi saliva se mezcla con la suya, descubriéndome a qué sabe mi sexualidad. Me besa con pasión justo antes de volverme a colocar sobre el sofá. Yo aún tengo mis piernas enroscadas a él cuando se desliza sobre mí. Estoy a punto de alcanzar el orgasmo... y puedo sentir cómo él también. Rodeo su cuerpo con mis piernas y mis brazos, atrayéndolo más y más. Le necesito. Le necesito mucho. Y entonces, exploto.

Unos segundos después Walker suelta un jadeo y se deja caer sobre mí, exhausto. Me hago a un lado para dejarle hueco en el sofá y, con la intención de no quedarnos fríos, deslizamos la manta sobre nuestros cuerpos.

Mi pecho sube y baja, acompasado por el suyo. Estamos sudorosos y..., sobre todo, tensos. Pero ya no es la misma tensión sexual que antes flotaba en el aire, si no otra muy diferente. Nos sentimos incómodos y ninguno de los dos sabe qué decir.

Esta claro que ni uno ni otro teníamos previsto que esto sucediera entre nosotros, no. Pero ahora que ha sucedido... ¿Qué vamos a hacer?

—Creo que debería irme —me dice, levantándose del sofá.

Yo me quedo tumbada, donde estoy, y asiento muy seriamente con la cabeza.

Sí, yo también creo que es lo mejor.

—Hasta luego —murmuro, un poco turbada por lo que acaba de pasar.



Navidad se acerca, los obreros están terminando con los últimos detalles y la casa de muebles avanza sin contratiempos y al ritmo esperado. Mamá me llama a media mañana para charlar un rato y le explico que mi estancia en Dawson se está alargando más de lo previsto porque veo necesaria mi presencia aquí para poder dirigir a los montadores. En realidad, es mentira. Creo que con el sistema de seguridad ya podría regresar a la ciudad tranquila, pero en el fondo no quiero marcharme. Dawson me gusta.

—¿Solamente Dawson? —me pregunto en voz alta.

Me cuesta admitir que lo que ha pasado entre Walker y yo esta mañana ha sido real. En realidad, ni siquiera termino de comprender cómo hemos llegado hasta ese punto. Tengo la sensación de que mi mente está turbada y confundida, porque ahora mismo una parte de mi subconsciente le odia con mucha fuerza y otra le desea todavía más. Y lo peor de todo es que jamás me había sentido de esta forma tan confusa, así que no sé cómo gestionarlo.

Estoy haciendo tiempo después de comer y decido pasarme por el mercadillo de Navidad. Aún no tengo ningún adorno navideño y he entrado con la intención de llevarme mi primer souvenir de Dawson City. Y como no, termino donde menos esperaba: en la casa de Santa.

Walker no está, así que esto me pone las cosas un poco más sencillas. Encontrarme con él después de nuestro revolcón matutino sería demasiado incómodo de sobrellevar, aunque sé que tarde o temprano ese será un trago que tendré que pasar. A fin de cuentas, vamos a ser vecinos durante muchos años, ¿no es así? Después de recorrerme los pasillos, uno por uno, con “Deck the Halls” resonando por los altavoces que me rodean, me decido por un enorme Santa que está sentado en su trineo. Es precioso, hecho al detalle y pintado con muchísimo gusto. Además, el trineo se ilumina pulsando un botón y creo que algo de luz proporcionará ambiente a mi todavía desértico porche.

Estoy decidida a darme otro paseo por el mercadillo y a tomarme uno de esos chocolates tan ricos que preparan Karen y su familia cuando recibo una llamada inesperada de un número que no conozco.

—¿Lilly Curver?

El mediodía va quedando atrás y el mercadillo comienza a estar más abarrotado, así que prácticamente no escucho nada a través del altavoz. Cargada con mi figura de Santa y con el teléfono pegado a la oreja, intenso escabullirme hacia una zona menos transitada en la que poder entender lo que mi interlocutor me está diciendo.

—¿Hola?

—¡Sí, sí! —exclamo, agobiada—. ¡Un segundo, por favor!

—¿Lilly Curver?

—Sí, soy yo —respondo con un resoplido, dejando el trineo apoyado en el suelo y recuperando el aliento—, ¿quién es? ¿qué ocurre?

Sospecho que podría tratarse de la empresa encargada de los muebles, así que rezo porque no haya ningún problema y todo pueda continuar como hasta ahora. Ya falta muy poco para que esté terminada, así que un contratiempo inesperado sería totalmente nefasto para mí.

—Mire, le llamo desde la notaría de Dawson. ¿Se encuentra usted en el pueblo en estos instantes?

¿La notaría? ¿qué diablos puede querer la notaría de Dawson?

—Sí, ¿por qué? —titubeo, confusa.

—¿Podría pasarse esta tarde? Estamos muy cerca de la comisaría, en la siguiente perpendicular.

—Podría pasarme ahora mismo —atajo, deseosa de averiguar qué es lo que quiere ese hombre de mí.

Meter el trineo y a Santa en los asientos traseros de mi coche implica un verdadero reto, pero al final lo consigo. Siempre se me dio especialmente bien jugar al Tetris. Diez minutos después, con una buena nevada cayendo sobre los tejados de Dawson City, aparco frente a la notaría con la curiosidad a flor de piel.

Es un sitio pequeño y, como casi todo en Dawson, está viejo y parece sacado de una antigua película del oeste. Una de esas que parecen de otra época y muy lejanas. Paso al interior y me encuentro una pequeña sala de espera con sillas ajadas y descoloridas. No hay recepción ni nadie que me atienda, solamente una puerta cerrada en la que un cartel —tan ajado y descolorido como las propias sillas— reza “No molestar ni irrumpir en el despacho”. Decido esperar pacientemente hasta que alguien salga a atenderme, pero unos minutos más tarde no puedo evitar sentirme absurda. ¿Cómo diablos van a saber que estoy aquí fuera, esperando, si no molesto ni irrumpo en

el despacho? Hastiada de la espera, golpeo dos veces la puerta con el puño cerrado. Una voz masculina me responde un serio y breve “adelante” a los pocos segundos, y yo, como no, obedezco y paso al interior.

Si me dijeran que este despacho está preparado para ser el escenario de una película de terror, me lo creería. Levanto la mirada al techo y veo una lámpara colgando de un cable. Sé que en mi casa la situación no está mucho mejor, pero al menos los techos no los tengo agrietados y repletos de humedades. Y la luz amarillenta de las bombillas que cuelgan tampoco parpadean. Esta, en cambio, es propicia para la escena de un asesinato. Me fijo en el hombre que me espera sentado al otro lado del escritorio y, con un terrible escalofrío, tomo asiento frente a él. Es alto, largo, con una nariz puntiaguda y unos pómulos muy marcados.

—Supongo que será usted la señorita Curver, ¿no es cierto?

Asiento con la cabeza de forma robótica mientras la curiosidad que siento por descubrir qué diablos hago aquí va cada vez más en aumento.

El hombre carraspea, saca una carpeta de debajo de la mesa y comienza a repasar una página detrás de otra antes de ir amontonándolas frente a mí.

—Tengo una propuesta muy interesante para usted. Creo que debería echarle un vistazo —resume cuando por fin termina de hojear cada página.

Cojo la pequeña pila de páginas que tengo frente a mí y comienzo a leer de forma superficial.

—¿Un contrato de arras? —inquiero al llegar al final, sorprendida.

Las primeras páginas resumen el precio medio del terreno del río, la zona en la que vivo y la estadística de ventas que ha tenido en los últimos años. Después pasa a proporcionar los mismos datos, pero, esta vez, haciendo referencia a la construcción de mi vivienda.

El notario de la nariz puntiaguda que parece una caricatura andante desliza otro folio sobre la mesa para hacérmelo llegar.

—¿Una propuesta de ventas? —inquiero, enarcando las cejas—. ¿Esto es una broma? ¡Pero si aún ni me he mudado!

Él niega muy lentamente con la cabeza.

—No es ninguna broma, señorita Curver. Un residente de Dawson City está muy interesado en adquirir su vivienda.

—Déjeme adivinar de quién se trata —refunfuño en voz baja—. ¿Harry Walker?

El notario se encoge de hombros.

—¿Acaso importa quién sea el comprador? Lo interesante es que tiene una propuesta sobre la mesa, y permítame que añada que es una propuesta bastante generosa.

—No me interesa —aseguro, casi sin poder contener la risa—. ¡Por Dios! ¡Si ni siquiera he terminado de amueblar la casa!

—Señorita Curver —me interrumpe el hombre—, con esa suma de dinero podría comprarse una casa mucho más grande en cualquier lugar que usted desee. ¿Ni siquiera va a considerarlo?

—No hay nada que considerar.

Y dicho eso, me levanto del asiento y me marcho sin decir adiós.

Sé que el tipo no tiene culpa del descarado de Walker y que pagar con los de mi alrededor los platos rotos no me ayudará en mi adaptación al pueblo, pero empiezo a estar sumamente hastiada de tanta tontería. ¿Es que Harry Walker ha perdido por completo la cabeza? ¿Acaso no tiene ni un poquito de sentido común? Primero intenta frenar los planos de mi obra, después insta al ayuntamiento de Dawson para que cancele mi proyecto de edificación. Como nada de eso le sale bien, decide entorpecer la obra robando o destruyendo el material de la misma y, cuando por fin la casa se levanta sobre sus cimientos, se entretiene rompiendo ventanas como un adolescente rabioso. ¿Y ahora me la quiere comprar? ¡Dios Santo! Desde luego, estoy convencida de una cosa: por mucho que le desee, poner tierra de por medio entre nosotros dos será una de mis máximas prioridades de aquí en adelante.

Cuando me subo al coche, decido que ya ha llegado la hora de regresar a mi hogar.

Siete días para Nochebuena.

La cuenta atrás está activada y mi casa avanza a pasos agigantados. Me digo a mí misma que esta tarde, mientras terminan de montar los muebles de la habitación de invitados y los armarios empotrados de los pasillos, me acercaré a comprar un árbol de Navidad. Un abeto enorme que ocupe buena parte del salón y que cree con su simple presencia un ambiente mágico y encantador. Quizás, después de decorar la casa, consiga escribir la novela de un solo tirón. A fin de cuentas, el entorno en el que me encuentro siempre suele servirme como inspiración.

Me preparo un tazón de leche con miel y me envuelvo en el anorak antes de salir del porche. Aún no he puesto el banco que tanto anhelo en él, pero por ahora me conformo con sentarme en una silla de la cocina. Envuelvo el tazón humeante entre mis manos para entrar en calor y dejo que mi vista se pierda en el río y en las imponentes montañas que hay tras él. Desde que me he mudado, mis vistas diarias solamente se han centrado en la casa que tengo detrás de mí. Y es una verdadera pena porque, a decir verdad, esto es mucho más asombroso e impresionante. Puedo sentir cómo la paz va llenando mis pulmones poco a poco mientras respiro el aire fresco e invernal de diciembre.

—Es bonito, ¿eh?

Su voz proviene del sendero, a mi derecha.

Cierro los ojos y hago una pequeña cuenta atrás para recargar pilas y armarme de paciencia: “diez, nueve, ocho, siete...”

—Supongo que, teniendo estas vistas frente a ti, comprenderás muy bien porqué te he ofrecido esa generosa suma por la casa.

—¿Para poder quedarte con ella y con las vistas? —inquiero, desviando ligeramente la mirada asesina hacia Walker.

—En realidad, para poder tirar esta maldita casa abajo y recuperar mis vistas —especifica sin poder contener una risita.

Camina hasta mí y sin pedirme permiso se sube en el porche.

Parece realmente sorprendido cuando ve la figura de Santa que él mismo ha tallado junto a mí,

pero no dice nada al respecto. Simplemente se sienta en un escalón, resopla hondo y fija su mirada en las montañas.

—En este río tiré las cenizas de mi hermana. Y las de mis padres —me explica con nostalgia—. Cuando las lancé al agua estaba justo ahí, en ese saliente.

Walker estira la mano y me señala un trozo de piedra que sobresale levemente sobre el río como una pequeña plataforma que la misma naturaleza ha creado. Yo me quedo en silencio, pensativa. Supongo que, en el fondo, la única razón por la que comparte un recuerdo tan íntimo es para hacerme titubear y reconsiderar su oferta. Pero no importa lo que me diga, no venderé mi casa porque este es mi sueño.

—Murieron en diciembre, pero no me atreví a desprenderme de ellas hasta que llegó el verano. No quería que terminasen enterrados en una tormenta de invierno, así que esperé hasta que en agosto Dawson alcanzó sus máximos de temperatura —continúa, pensativo, mirando al frente—. Era un día soleado, despejado y tranquilo. Pero pasó algo muy curioso... En el preciso instante en el que vacié las urnas sobre el agua, me azotó una descomunal ráfaga de viento que se llevó buena parte de las cenizas volando hacia las montañas.

Le miro boquiabierta; sorprendida y consternada al mismo tiempo.

—¿Hacia las montañas?

Harry se encoge de hombros.

—Me gusta pensar que querían quedarse aquí, como si fueran polvo de la naturaleza.

—Vaya... —murmuro, sin saber qué decir ante una historia semejante.

—¿Puedo hacerte una pregunta?

Yo asiento lentamente antes de darle un sorbo a mi leche con miel. A estas alturas ya se ha quedado fría, pero no importa. A pesar de ello continúa teniendo un sabor dulce y agradable.

—¿Por qué una chica joven y guapa como tú ha decidido mudarse a un lugar tan solitario como este?

Suelto una risita reprimida, sin pasar por alto eso de “guapa”.

—Porque no soy una chica normal —sentencio, convencida de que esa es la respuesta más sincera—. Supongo que, en el fondo, soy un lobo solitario. Como tú.

Walker levanta la mirada hacia mí y tuerce una sonrisa de medio lado.

—Así que un lobo solitario...

—Así es —aseguro—. Siempre soñé con construir una casa aquí, y te puedo asegurar que conseguirlo no ha sido fácil. Quería un lugar tranquilo, un retiro en el que perderme y poder vivir en paz con mis historias.

—¿Y tus amigos?

—Escasean —me río, aunque en el fondo no estoy bromeando. Es la verdad—. ¿Y los tuyos?

Walker también suelta otra risita.

—Creo que hace tiempo que los espanté —me dice, antes de guardar silencio unos segundos—. Por cierto, me he leído tu último libro.

Esa última afirmación me pilla tan desprevenida que, al escucharla, casi se me cae la taza de leche al suelo.

—¿Sabías a qué me dedicaba?

—Lo sé todo de la mujer que me ha robado las montañas y el río —asegura. Y esta vez no sé si está bromeando o habla en serio.

Me gustaría preguntarle qué opina sobre él, sobre mi libro, pero decido guardarme la cuestión. Como norma general, he descubierto que las personas que disfrutan con mis historias suelen decírmelo sin la necesidad de que yo pregunte al respecto. Indagar, en muchas ocasiones, puede acarrear respuestas capaces de herir los sentimientos. Y esa es una importante lección que tardé unos cuantos años en aprender y otros tantos años más en poner en práctica.

—No estaba nada mal, aunque adiviné el final cuando iba por la página cincuenta —me dice, guiñándome un ojo mientras se levanta del escalón—. Por lo que veo, los dos hemos hecho muy bien los deberes —añade, señalando su Santa.

Yo le dedico una sonrisa y él comienza a bajar con lentitud, escalón a escalón.

—No conseguiré echarte de aquí, ¿verdad?

Sacudo la cabeza muy lentamente, dejando clara la respuesta. Walker sonrío.

—Genial... —murmura en voz baja, casi como si estuviera hablando consigo mismo—. Y si no

puedes con el enemigo...

—¿Qué dices? —pregunto, levantando la voz para que sepa que le estoy escuchando farfullar.

—Digo que si quieres salir a cenar conmigo.

Otra vez, mi guapo vecino se las ha apañado para dejarme desarmada y sin respuestas.

—¿Es otra táctica de...?

—No, es solamente una cena —ataja, sin dejarme terminar—. ¿Te apetece?

Me lo pienso unos instantes antes de responder.

¿Por qué sospecho que en esa pregunta hay gato encerrado?

—Esta tarde tenía pensando ir a comprar el árbol para el salón, pero supongo que, si me llevas a por él, sí.

—¿Entonces es un sí? —repite.

—Es un sí —confirmo, aún siendo consciente de que más adelante me arrepentiré terriblemente por haber tomado esta decisión.

A media tarde estoy nerviosa. Muy nerviosa.

Si he de ser sincera, ni siquiera soy capaz de recordar la última vez que tuve una cita. Estos últimos años me he centrado demasiado en el proyecto de mi casa y en mis historias como para perder el tiempo con flirteos absurdos. Y aunque me apetece mucho salir a cenar con Waker, en el fondo sé que en realidad debería quedarme toda la noche aquí, en casa, escribiendo esa novela que tan mal llevo últimamente.

Creo que sacarla a tiempo para celebrar las fechas será algo imposible; tengo que ser realista conmigo misma. Puede que sea rápida, pero todavía no me he transformado en una máquina de escribir parlante.

Abro la maleta de viaje y observo el contenido con decepción. Mi estancia aquí se ha alargado más de lo previsto —tanto que, seguramente, ya no regrese a casa de mis padres hasta después de las fiestas—, y mi ropa comienza a escasear. Todavía no tengo lavadora y, la verdad, había venido con cuatro prendas y poco más. Me gustaría ponerme un vestido bonito y unos tacones, pero tendré que conformarme con unos jeans y un jersey de lana abrigadito. No es lo más apropiado para una cita, pero sí para este frío. Las temperaturas cada día son más bajas y aunque en Dawson City todos parecen estar acostumbrados a ellas, yo lo estoy pasando relativamente mal. Me gusta el



frío, el estar metida en casa viendo cómo los copos caen a través del cristal y cómo se forma el vaho en el cristal cuando suspiro demasiado cerca. Pero no me gustan las tirtonas que sufro cada vez que tengo que salir a la calle y abandonar mi hogar.

Me calzo las botas de invierno y observo mi aspecto en mi nuevo espejo. Mi dormitorio ya está terminado y tengo que admitir que ha quedado maravillosamente bien. Además, dormir en una cama de verdad se ha convertido en un placer que, últimamente, me ha tocado aprender a valorar. Me recojo el cabello castaño en una coleta y me maquillo superficialmente con un poco de colorete rosado para proporcionar cierta vivez a mi rostro. El resultado, en general, no me disgusta. Podría ser mejor, sí... Pero los medios escasean y una tiene que apañarse con lo que puede.

A las ocho en punto, mientras cuelgo en cada baño los juegos de toallas que adquirí ayer en un supermercado cercano, escucho un bocinazo del exterior. Me asomo a la ventana sin comprender qué ocurre y me doy cuenta que se trata de Walker. Está esperándome en la entrada de su garaje, con el coche fuera. Al parecer, eso de ir a buscar a las damas hasta la puerta de sus casas con un ramo de flores está pasado de moda. ¿Para qué tocar el timbre si uno puede avisar a bocinazos? Mucho más actual, claro.

Bajo las escaleras con rapidez y, mientras lo hago, vuelvo a sentir esa sensación de nervios, entusiasmo e incertidumbre. No debería ilusionarme con nada que tenga que ver con Harry Walker, pero en esta ocasión la teoría resulta mucho más sencilla que la práctica.

—¿Preparada? —me pregunta cuando me subo en el coche.

Alzo las cejas a modo de sorpresa.

—¿Para ir a comprar un árbol de navidad? —inquiero, extrañada—. Sí, creo que sí.

Él sonríe con picardía y aprieta los labios como si estuviera conteniendo una carcajada en su interior. Y en ese momento, veo algo extraño en el reflejo de sus ojos. Un brillo especial que hasta ahora no había advertido en él. ¿Será que también se está ilusionando un poco? ¿Puede que esta nueva tregua signifique definitivamente el fin de la guerra?

Walker pone la música de fondo y ambos nos mantenemos en silencio buena parte del trayecto mientras el interlocutor habla de la tormenta de nieve que está próxima a llegar. Al parecer, Dawson City será una de las poblaciones afectadas y el interlocutor, que además el local, recomienda encarecidamente a los habitantes armarse con un buen arsenal de provisiones por si la tormenta te deja retenido contra tu voluntad en casa. Cuando termina de hablar y pasa a la música,

Walker me recomienda lo mismo.

—Mañana por la mañana haz una buena compra —me dice—, sobre todo de garrafas de agua y latas de conserva.

—¿Garrafas de agua?

—No te imaginas la de veces que se han congelado las tuberías en Dawson.

Me anoto en mi agenda mental el asunto de la compra. Además, quizás, podría aprovechar para comprar algo de ropa, cubiertos, una vajilla... Esas cosas imprescindibles con las que tengo que ir haciéndome poco a poco. En Nochebuena, cuando papá y mamá vengán a cenar conmigo me traerán ropa y provisiones de sobra para subsistir perfectamente. Y en enero, cuando por fin la casa esté completada, haré un par de viajes hasta la ciudad para completar la mudanza. Puede que contrate los servicios de un camión de mudanzas, no lo sé.

Walker detiene el coche en un parking de gravilla que está plagado de vehículos y me sonrío con picardía y malicia. Puedo ver ese brillo titilante en su mirada. Ese brillo que tanto me empieza a gustar.

Me bajo del coche mientras inspecciono con la mirada mi alrededor. Sobre nosotros, a la izquierda, hay una entrada señalada con un enorme cartel cuyas blancas y navideñas letras tienen escrito “El bosque de Dawson”.

—¿Aquí vamos a comprar el árbol?

Walker asiente muy lentamente sin dejar de sonreír.

—Exactamente. Aquí vamos a talar tu árbol.

—¿A talar? —pregunto, boquiabierta.

Pero él, en vez de responder, echa a caminar hacia el interior.

Al parecer, este enorme y gigantesco bosque está destinado únicamente a la venta de árboles navideños. Por lo que voy viendo en los carteles explicativos, cada año se selecciona una nueva zona de tala para que la vegetación pueda ir regenerándose sin verse afectada. Hay miles de árboles. Millones.

—Se respira paz, ¿verdad?

Yo asiento con la cabeza.

La verdad es que, cuando he visto el parking con tantísimos coches, he creído que el lugar estaría abarrotado. Me imaginaba una tienda repleta de gente corriendo de una esquina a otra con bolsas repletas de adornos navideños. Pero nada más lejos. El bosque es tan grande, que cuesta encontrarse con otro ser humano caminando por la misma zona. Walker se planta frente a uno de los árboles, que está marcado con una cruz azul, y me pregunta si me gusta. Yo doy unos pasos atrás, analizándolo detenidamente.

—No lo sé —murmuro, pensativa—. ¿Por qué este y no otro?

Mi vecino suelta una risita encogiéndose de hombros.

—Porque nos estamos alejando, y todavía tenemos que volver a la caseta para abonar el importe y pedir el hacha.

¡Oh, Dios! ¡El hacha!

Espero que sea él quien se dedique a talar el arbolito, porque estoy convencida de que yo no sería capaz de conseguirlo ni aunque estuviera pegándole cortes toda la noche.

—Pues me gusta más aquel —digo, señalando otro.

Walker frunce el ceño.

—¿Por qué?

—No lo sé. ¿Por llevarte la contraria? —respondo, incapaz de reprimir una sonrisa.

Él asiente.

—Touché.

Anotamos el color de la cruz, que también es azul, y caminamos en silencio hasta la caseta. Walker abona el dinero del árbol antes de coger el hacha, y aunque yo le insisto en que no debe pagar, él insiste.

Dos minutos después, hemos regresado hasta mi árbol —o, al menos, hasta otro muy parecido— y Walker se ha puesto manos a la obra. Intenta explicarme cómo hay que proceder para que yo continúe la labor, pero sé que ni siquiera seré capaz de coger el hacha como corresponde.

—Te toca —me dice.

—Lo más probable es que termine talando mi propio pie.

Y esta vez no estoy bromeando.

Si hay un adjetivo que me haga justicia, es el de “torpe”. Muy torpe, en realidad. En mis años de colegio nunca se me dio demasiado bien el deporte, ni la práctica de nada, en general. Sujeto el hacha y me dispongo a lanzarla contra el árbol cuando Walker, muerto de risa, me detiene al instante.

—No creí que hablastes en serio con lo de talarte tu propio pie —se ríe, colocándose tras mi espalda y sujetando mis manos entre las suyas—. Agachate muy lentamente y después, impulsate así antes de golpear el tronco.

El contacto de mis manos con las suyas, mi piel con su piel, el calor de nuestros cuerpos tan próximos... No quiero recordar lo que ha sucedido entre nosotros, pero tenerlo tan cerca de mí hace que sea inevitable.

—¿Golpeas? —inquire al ver que me he quedado paralizada, con los pies anclados al frondoso húmedo terreno.

Y guiada por un impulso, suelto el hacha y lo dejo caer junto a mí.

—¡Eh, eh, eh! —exclama—. ¡Cuidado, que ese trasto corta! —advierte, dando un paso hacia atrás como si yo fuera peligrosa.

Pero en vez de reírme, camino otro paso al frente, mirándole fijamente a los ojos, y le beso. ¡Yo! ¡Le beso! Ni siquiera entiendo por qué lo hago, simplemente... me dejo llevar. Walker no tarda en reaccionar y rodea mi cuerpo con sus brazos, estrechándome más contra él. Es increíble, porque por muy odioso e insufrible que me parezca, tiene algo irresistible. Algo que me atrae como la luz del fuego a una débil polilla. Sospecho que nada de lo que ocurra entre nosotros puede llegar a un buen puerto con final feliz, pero aún así creo que merece la pena descubrirlo. Arriesgarse. Arriesgarme.

—¿Vamos a talar el árbol o nos vamos a quedar a vivir en el bosque? —susurra, apartándose unos centímetros de mi boca.

Tomo una bocana de aire, intentando relajar mis salvajes y descontrolados impulsos, y asiento.

—Vamos a talar el árbol.

Walker se aleja de mí, coge el hacha y, sin ofrecérmela, comienza a golpear el tronco. Mejor. Creo

que una segunda intentona por mi parte terminaría en un fracaso bastante similar al primero. El hacha en el suelo y mis labios sobre los suyos.

En cambio, con él las cosas terminan de la forma que corresponde; con mi árbol de Navidad talado.

—¿Podrás ayudarme a cargarlo en el coche?

—Claro que sí —respondo, decidida a hacer algo útil de una vez por todas.

El árbol no es pequeño. Tampoco es que haya escogido el más grande de todos, pero una vez talado, parece mucho mayor de lo que era. Yo cargo con la punta mientras que Walker lo transporta desde el tronco. Necesito un par de descansos para conseguir trasladarlo hasta el coche, pero un par de minutos después hemos llevado a cabo la tarea sin ningún imprevisto y conseguimos atarlo al techo. Misión conseguida.

En vez de aparcar junto a su garaje, Walker acerca el coche lo máximo posible a mi casa para que descargar el árbol no suponga un esfuerzo sobrehumano. Suspiro hondo, nerviosa, decidiendo si debo invitarle o no a pasar. Si lo hago, sé cómo terminará la noche. Puede que yo le desee, pero él también me desea a mí. Puedo sentirlo en su forma de mirarme, en cómo me habla. La atracción que hay entre nosotros, a estas alturas, es innegable.

—¿Te apetece entrar? —inquiero.

Y al decirlo en voz alta soy consciente de que mi tono de voz titila al hablar. Estoy nerviosa y me delato a mí misma.

—Creo que necesitarás ayuda para meter el árbol dentro, ¿no? —señala, sonriente.

Es extraño verle de tan buen humor. Extraño y, a la vez, agradable.

Una parte de mí, a estas alturas, ya se ha olvidado del vecino amargado y gruñón que intentaba amargarme y destrozar mi vivienda por todos los medios habidos y por haber. Aunque otra parte, mucho más pequeña que la primera, me susurra al oído que no puedo bajar la guardia por completo.

—No... Te preguntaba si querías entrar a tomar algo... —explico con voz tímida.

Creo que lo de meter el árbol en casa podríamos dejarlo para la mañana siguiente, pero no soy capaz de decírselo en voz alta. Espero que mi proposición haya sido lo suficientemente directa como para deducirlo por sí mismo.

Me mira a los ojos muy fijamente y, de pronto, tengo la sensación de que está a punto de salir corriendo y no regresar jamás. Como si estuviera asustado.

—Lilly... Sabes que yo no te convengo, ¿verdad?

No está bromeando, pero tampoco me apetece tener una conversación seria con él. En realidad, ni siquiera me importa si me conviene o no.

—Creo que no le convienes a nadie —bromeo, intentando sonreír.

Walker sacude la cabeza en señal de negación, todavía serio.

—Yo no soy bueno para la gente. En realidad, ni siquiera soy bueno para mí mismo —admite, como si fuera una carga que lleva por dentro en silencio—. Siempre termino haciendo daño a las personas que me rodean.

Le miro boquiabierto sin saber qué decir.

—Entonces, déjame descubrir si me convienes o no —le digo, procurando no sonar ridícula—. Supongo que tú ya has avisado, así que podrás decir eso de “te lo dije”.

Me bajo del coche sin darle más vueltas al asunto y le pego un grito para saber si viene o no. Walker duda, pero al final termina bajándose del asiento y caminando tras de mí. La noche es fría y los jardines están helados por completo.

Entramos dentro y el calor de mi nuevo hogar nos recibe. He dejado la calefacción puesta toda la tarde, así que la temperatura del interior es agradable. Walker cierra la puerta al entrar y apoya la espalda contra ella, mirándome de reojo.

—¿Te vas a quedar ahí parado? ¿En la entrada? —pregunto, procurando mantener un tono serio.

Pero la verdad es que tengo ganas de echarme a reír y ni siquiera sé por qué. Estoy feliz. Es una felicidad extraña y poco familiar, como si simultáneamente también tuviera cierta sensación de... ¿miedo? ¿incertidumbre?

—Te estoy observando.

—¿Y qué ves?

Walker se muerde el labio inferior, sopesando qué responderme.

—Una chica con un futuro muy prometedor por delante.

—Eso suena bien —confieso, sin comprender a qué viene ese comentario—. ¿Qué más?

—¿Tengo que ver más? —pregunta, reprimiendo una risita.

—Sí...

Mi vecino da un paso al frente, acortando distancias de forma lenta y expectante. Se queda de pie, frente a mí, muy cerca, y me examina el rostro con tanto detenimiento que tengo la sensación de que su mirada me va a traspasar en cualquier instante.

—Y que eres preciosa, Lilly —admite finalmente, aunque me parece atisbar cierto tono de tristeza en su voz.

—Eso me gusta más —contesto, ensimismada, con mis ojos clavados en los suyos.

Quiero que me bese. Lo deseo tanto que estoy a punto de lanzarme yo misma...

Pero entonces Walker da un paso atrás, rompiendo el instante, y me pregunta qué le ofrezco para tomar. Su tono de voz sigue sonando triste y melancólico. Soy consciente de que, de un plumazo, su actitud hacia mí ha cambiado de repente. No sé qué es lo que he dicho o he hecho, pero de pronto parece sentirse incómodo e... infeliz. Parece terriblemente infeliz.

—¿Leche con miel? —me río—. La verdad es que poco más puedo ofrecerte...

Me gustaría añadir que lo de pasar a tomar algo solamente era una excusa, pero de pronto se ha formado cierta tensión entre nosotros y no sé muy bien cómo gestionarla.

—Lilly... —susurra en voz baja, como si estuviera conteniéndose algo que lleva tiempo queriendo decir.

—¿Qué ocurre, Harry?

Y sin responderme, se da la vuelta, abre la puerta de casa y se marcha.

Yo me quedo helada sin comprender qué diablos acaba de suceder aquí. Todo iba... bien. O eso creo. La confusión que siento es tan intensa que tengo que contener las ganas de llorar. ¿Es qué no puede existir un hombre más frustrante sobre la faz de la tierra? Y de todos los idiotas que hay en este mundo, ¿por qué narices he tenido que fijarme en este en concreto? Bueno, esa respuesta es fácil. Jamás me hubiera fijado en él si no se hubiese dedicado a apedrear las ventanas de mi casa.

Me dirijo al salón con el cuerpo en tensión y, sin encender las luces, figoneo a través de la ventana. Veo a Walker entrando en su casa y se me forma un nudo en el estómago. ¿Pero qué es lo que he hecho para espantarlo de esa forma? ¿Por qué se ha puesto tan triste y extraño nada más entrar en mi casa?

Suspiro hondo y, cuando le veo encender las luces de la primera planta, decido alejarme. Lo último que me apetece es que me vea merodeando alrededor del cristal.

—Ese chico no está bien de la cabeza —murmuro en voz alta, apoyada contra el respaldo del sofá.



Y en ese instante, Lady suelta un ladrido que a mí me hace saltar del respaldo por el susto.

—¿Tú otra vez por aquí? —pregunto, intentando recuperar el ritmo normal de mi pulso cardíaco —. Venga, vete a casa o volverán a acusarme de haberte secuestrado.

Lady, que está de lo más comodona en mi sofá, se hace una “bolita” entre las mantas y cojines y me ignora por completo. Parece que le gusta estar aquí y, ¿por qué echarla? Tengo que admitir que su compañía no me supone un disgusto. Nunca he sido muy amante de los animales y jamás me había planteado tener un can en mi casa, pero he descubierto que sentirla cerca me hace sentirme menos sola. Acompañada.

Me dejo caer a su lado y suspiro hondo, todavía decepcionada por el rumbo inesperado que ha tomado la noche.

—¿Por qué es así de imbécil? —le pregunto a la perra, que me mira como si yo estuviera mal de la cabeza—. Ya, ni siquiera tú lo sabes.

Me recuesto superficialmente en el sofá, a su lado, y me quedo mirando el ordenador portátil con los ojos entornados. Lo último que me apetece es abrir la página en blanco y empezar a devanarme los sesos con la nueva novela; aunque en el fondo también sé que sería lo más responsable y maduro por mi parte. Como siga así, el cheque que reciba a final de mes no llegará ni para cubrir un cuarto de las facturas pendientes.

Dos golpes secos contra la puerta de la entrada distraen mi atención. Me pongo de pie con la firme sospecha de que Harry Walker está al otro lado, impaciente por saber si su perra ha vuelto a escaparse de casa o no.

—Creo que vienen a por ti, amiga —le digo, arrastrándome hacia la entrada.

Estoy a punto de abrir y me pregunto a mí misma si debería decirle algo respecto a repentina huida. Algo estilo: “siento si te he hecho sentir incómodo...” o algo así. Pero no sé si seré capaz. A fin de cuentas, él mismo me ha avisado de que no es una buena compañía, ¿no? Supongo que ese aviso deja pocas cosas que poder reprocharle.

—Si vienes buscando a... —murmuro mientras abro de par en par.

Pero al verle me quedo muda.

No, no ha venido a buscar a Lady. Walker ha vuelto con dos copas y una botella de vino en su mano.

—¿Y eso?

Suelta el aire de sus pulmones poco a poco, formando una cortina de vaho frente a mí.

—¿Me vas a dejar entrar o no? Me estoy congelando.

Me aparto a un lado, confusa.

Lady, que ha escuchado a su dueño, salta del sofá y viene como un rayo para saludarle.

—Es increíble —me dice, y de pronto tengo la sensación de que Walker ha recuperado de nuevo el buen humor—. ¿Qué tienes para que le guste tanto estar aquí?

Me encojo de hombros, quitándole las copas y la botella de las manos antes de que terminen en el suelo rotas.

Estoy a punto de decirle que no tengo abre botellas cuando me doy cuenta de que en eso también se ha adelantado. Ya está descorchada. Nos dirigimos al sofá, nos sentamos con una copa de vino y nos quedamos mirando la pared de enfrente en silencio. Es como si, de pronto, ambos nos hubiéramos vuelto demasiado tímidos.

—¿Qué estás escribiendo? —me pregunta, señalando mi ordenador portátil.

—¿Te soy sincera? Nada —respondo, sin reprimir una risita nerviosa—, la casa y la mudanza me tienen demasiado absorta.

—Podrías escribir sobre mí.

Le miro muy fijamente, intentando descubrir si está bromeando o si me habla en serio.

—¿Sobre ti? —repito, sorprendida.

—El vecino gruñón que entorpeció la casa de tus sueños.

Suelto una risotada que asusta hasta a la perra.

—La verdad es que tiene gancho —aseguro—, me lo pensaré.

Poco a poco va descendiendo el nivel de la botella de vino mientras nosotros charlamos de todo y de nada. Harry me pregunta con quién pasaré las fiestas de la próxima semana y yo le hablo de mis padres. Mi familia es pequeña y solamente estamos nosotros tres, pero siempre nos hemos bastado para estar felices. Él, en cambio, las pasará solo. Procuro no ahondar en el asunto cuando me dice que estas son las fechas en las que más extraña a sus padres y a su hermana. Yo no me puedo ni

imaginar lo triste que deben de ser para él, así que cambio de tema con rapidez y nos centramos en su trabajo. Al parecer, con las figuras que talla para Navidad consigue subsistir todo el año bastante bien. Trabaja en su casa, en el pequeño taller que tiene montado en la buhardilla de la última planta.

—Un trabajo solitario —le digo.

—Exactamente igual de solitario que el tuyo.

Así es. Dos lobos solitarios.

Dos personas muy diferentes viviendo en el mismo lugar del mundo, con bastantes otras cosas en común.

—¿Sabes? Cuando me enteré de que una tal Lilly Curver iba a construir una casa frente a la mía, me imaginé cómo debías de ser. Y no acerté —me dice, y no puedo evitar soltar una risotada porque, aunque no se lo diga, a mí me pasó exactamente lo mismo—. En realidad, no te pareces en nada a esa mujer que creía que eras.

“Tú tampoco”, pienso.

El Harry Walker que tengo ante mí no se asemeja al viejo amargado y sin vida que creí que me había tocado por vecino.

—A veces las mejores sorpresas son las que uno no se espera.

—Sin duda —asegura, de acuerdo conmigo.

Y entonces, una cosa lleva a la otra y... nos besamos. Ambos compartimos el sabor frutal y amargo del vino mientras nuestras salivas se entremezclan lentamente, sin prisa. Walker acaricia mi rostro lentamente, dedicándose por completo al momento tan intenso que estamos viviendo. Yo apoyo la copa vacía en la madera del suelo y me dejo llevar por él. Por su intensidad y su lentitud. Por la forma en la que parece dispuesto a disfrutar del momento.

Soy plenamente consciente de cómo mi cuerpo reacciona a él. Los músculos se me tensan y un ardor característico se instala en mi vientre. Harry comienza a desnudarme; al principio con calma, pero poco a poco se va desesperando. Llevo tantas capas de ropa sobre mi piel que parece que jamás tendrán fin. Mientras se pelea con mi camiseta térmica, me lanzo a por él. No opone resistencia cuando le quito el jersey y la camiseta, y como al parecer es mucho menos friolero que yo, termina totalmente desnudo ante mí mucho antes que yo.

—¿Cómo va a terminar esto, Lilly? —me pregunta entre besos, casi en un susurro.

“¿Cómo va a terminar... qué?”, me repito.

A veces, deducir lo que Walker pretende decir con sus palabras resulta una tarea imposible. Le ignoro, porque estoy demasiado concentrada en sus pectorales marcados, en sus manos, sus labios, su piel caliente... No me parece el momento para tener una de esas conversaciones profundas que suelen terminar mal. Y algo me dice que esa pregunta hubiera derivado en eso: algo en lo que es mejor no ahondar.

Harry se pone de pie, me carga en sus brazos y me pregunta en un susurro si le voy a enseñar el nuevo dormitorio. Yo me río como una niña pequeña mientras él me sube en volandas hasta la planta de arriba y me deja en la nueva cama. Las sábanas y la colcha todavía huelen a nuevo y se nota que todo lo que me rodea está recién estrenado. Harry pasea su nariz por mi vientre, descendiendo lentamente hasta atrapar la tira de goma de mis braguitas con su boca. Las arrastra, cediéndolas y quitándomelas muy lentamente. Todo a mi alrededor da vueltas y yo, excitada y un poco embriagada por el alcohol, permito que él tome las riendas y guíe la situación. Harry se desliza sobre mí sin aplastarme y me besa con pasión antes de quitarme el sujetador. Los dos estamos completamente desnudos y en contacto. Nuestra piel, que parece tener memoria y reconocerse, reacciona ante el contacto erizándose. Siento su lengua paseándose por mi cuello, sus besos descendiendo hasta mis pechos, sus dientes jugando delicadamente con mis pezones y sus manos recorriéndome con impaciencia. Siento cómo poco a poco se va introduciendo en mi interior hasta, finalmente, acabar llenándome por completo. Encarcela mi rostro entre sus manos y me besa con pasión mientras entra y sale de mí muy lentamente, disfrutando de cada segundo que pasamos juntos. Sus jadeos se mezclan con los míos y sus gemidos se transforman en suplicas de placer mientras nuestras miradas, conectadas, piden más. Y más... Entra y sale lentamente, pero poco a poco va aumentando el ritmo. Yo, que cada vez estoy más excitada, arqueo las caderas para recibirle en cada embestida. Rodeo su cintura con mis piernas, aprisionándome contra él. Haciendo que nuestros sudorosos cuerpos no se separen ni un solo instante. Walker murmura mi nombre de forma lejana, como si en realidad se lo estuviera diciendo a sí mismo. Y a mí me vuelve loca escucharlo en sus labios... Sentir sus manos paseándose por mi espalda y mis senos.

Me abalanzo sobre él con fuerza y ambos rodamos lentamente hasta que, al final, yo termino tomando las riendas de la situación. Walker se incorpora sobre el borde de la cama, de forma que ambos quedamos sentados; yo sobre él, mientras me rodea con sus brazos estrechándome con fuerza. Me muevo lentamente, subiendo y bajando, apretando mis músculos y rindiéndome por completo al placer que siento. Le deseo. Le deseo muchísimo. Rodeo su torso con mis brazos y lo agarro con fuerza, clavándole las uñas superficialmente en la piel de su espalda. Walker no protesta por mi fogosidad y yo continúo subiendo y bajando mientras pierdo el control. Estoy a

punto de alcanzar el éxtasis, de dejarme llevar... Aumento el ritmo y grito, incapaz de contener tantísimas sensaciones en mi interior. Al final, exploto, y dos segundos más tarde él se une a mí.

Aún abrazados, nos acurrucamos en la cama, tapados superficialmente por la colcha nueva. Ambos tenemos calor, pero sabemos que nuestra sensación térmica no es realista en estos instantes. No decimos nada, porque supongo que en realidad no tenemos nada interesante que añadir. Los hechos hablan por sí mismos y a veces dos cuerpos son capaces de decir mucho más con sus actos que con palabras. Walker me acaricia la espalda con lentitud mientras que yo pienso para mí misma que este es el gesto más íntimo que un hombre ha tenido conmigo jamás. Sí, he tenido novios, ligues, idas y venidas... Pero con ninguno he compartido un momento tan silencioso y romántico. O al menos, a mí se me antoja muy romántico.

Poco a poco el sueño me va pesando y voy quedándome dormida. Me apetece estar despierta un rato más, quizás incluso sacar algún tema de conversación y pasarnos la noche charlando mientras observamos el cielo nublado y la tormenta a través de la ventana, pero me siento demasiado cansada y antes de que pueda darme cuenta, me he quedado dormida.

Cuando vuelvo a abrir los ojos, sobresaltada, son más de las dos de la madrugada. Al principio me despierto confusa, pero pronto siento el pesado brazo de Harry sobre mi cuerpo y su respiración profunda y relajada en mi nuca. Tengo ganas de ir al baño, pero no quiero despertarle. Además, me gusta sentirle así; junto a mí. Decido aguantar y poner a prueba mi vejiga y cierro los ojos dispuesta a dormirme de nuevo.

Puede que nuestra cita de hoy no haya sido mi definición de “cita ideal”, pero el final ha dejado claro que algunas veces la realidad supera a las expectativas. Aunque no lo haga siempre.

Cierro los ojos, me concentro en mi respiración y... vuelvo a dormirme.

Me despierta el ulular del viento con la luminiscencia del día que ya ha entrado en una buena hora de la mañana. Cuando amezco, tardo un par de minutos en recapitular la noche anterior y en recordar que Harry Walker ha dormido en esta misma cama, junto a mí. En esta cama en la que ya no está.

Me giro hacia su lado y toco las sábanas con la palma de la mano. Están frías, como si el rastro de su presencia fuera tan antiguo que a estas alturas ya se habría extinguido por completo.

No sé si sentirme decepcionada por su repentina marcha, en la cual no se ha contemplado una breve despedida, o sonreír por los instantes que ambos vivimos ayer. Empiezo a sospechar que el deseo que siento hacia mi nuevo vecino va en aumento, y eso me preocupa y me espanta por partes iguales.

Me levanto desnuda, porque a fin de cuentas estoy sola en mi casa, y camino, descalza, hasta el baño. Me aseo, me lavo la cara y envuelvo mi cuerpo con un albornoz que también huele a nuevo y sin estrenar. Lo he usado en una ocasión, pero hasta que no lo meta en la lavadora no perderá ese olor y tacto característico de las cosas nuevas.

Estoy a punto de bajar a la primera planta cuando veo la puerta del dormitorio abierta de par en par. Me acerco a cerrarla, porque con el frío que hace en esta casa tan grande mantener las habitaciones calientes si están abiertas es algo imposible, y entonces le veo ahí plantado. Walker, con una bandeja repleta sobre la cama, me está esperando con una sonrisa de oreja a oreja.

—No te has ido —señalo.

—No, no me he ido. Solamente he salido a comprar el desayuno —bromea, señalando la bandeja.

Me siento frente a él e inspecciono su contenido; huevos revueltos, zumo y dos tostadas un poco más quemadas de lo que a mí me suele gustar.

—¿Alguna crítica? —pregunta.

Yo niego rotundamente con la cabeza.

—En realidad, esto es mucho más de lo que yo sabría preparar —me río, admitiendo al mismo tiempo que soy una negada en la cocina.

Walker coge una de las tazas humeantes y le da un pequeño sorbo.

—Fuera hace mucho frío, llueve y está todo nevado —me dice con una sonrisa pícaro y misteriosa —, así que tengo una propuesta para ti... Si no tienes nada que hacer, claro.

—No tengo nada interesante que hacer —respondo sin pensar, aunque en realidad debería comprobar el calendario para saber si los montadores acudirán hoy a mi casa.

—¿Te apetece ver una película con un bol de palomitas?

Yo suelto una risotada, porque en realidad esperaba cualquier tipo de propuesta menos esa.

—¿Una segunda cita? —inquiero.

—Algo así.

Finjo estar pensándomelo unos instantes.

—No tengo televisión —respondo, esperando que él encuentre una solución al inesperado problema.

—Yo sí.

Sonrío, feliz.

Ni siquiera entiendo por qué me siento así de feliz, pero la realidad es que lo estoy. Hacía tanto que no me sentía tan plena y entusiasmada que la sensación de paz que me invade ahora mismo me resulta efímera y extraña. Solamente hace unos días que escapé de la ciudad, que dejé la casa de mis padres y la bulliciosa oficina compartida donde los diseñadores de aplicaciones móviles y el abogado gruñón me torturaban en cada jornada de trabajo, pero ahora mismo se me antoja que ha pasado mucho, muchísimo, tiempo.

—Me parece un buen plan —admito al final.

Terminamos de desayunar sin prisa.

No sé qué día es hoy, pero a mí me recuerda a uno de esos domingos eternos que vivía en mi infancia en los que las horas parecían eternas y las responsabilidades parecían no volver a regresar jamás. Todavía recuerdo lo placentero que resultaba despertarse sin los gritos estresados

de mi madre y vestirme corriendo para bajar a desayunar con prisas para no perder el autobús del colegio. Y la sensación que hoy tengo es igual Como si las horas se dilatasen, el tiempo se paralizase y ese odioso “lunes” de estrés y compromisos no fuera a regresar jamás.

Mientras me enseña su casa, Walker está más callado de lo que acostumbra a estar. Poco a poco me voy acostumbrando a sus repentinos cambios de humor y su extraña forma de ser, aunque nunca termina de sorprenderme. Supongo que, quizás, este inesperado silencio se deba a los recuerdos que cada rincón de su casa esconde. El salón está repleto de fotografías familiares en las que se deja ver a un Harry muy diferente al que yo conozco. Sus padres aparecen en cualquier esquina y su hermana suele ser la protagonista de las instantáneas más grandes. Los pasillos de las paredes están repletos de marcos y los imanes de la nevera deduzco que siguen siendo los mismos que había ahí antes del accidente. En la planta de arriba deja dos habitaciones sin abrir, que deduzco sin necesidad de preguntas a quiénes pertenecían. Supongo que este “tour” exprés por su vida y sus recuerdos me han hecho entender de mejor forma quién es Harry Walker y porqué se comporta de la forma que lo hace.

No debe de ser fácil vivir cada día con los fantasmas de tus familiares, más aún cuando siguen estando tan presentes como el primer día que se marcharon.

Faltan pocos días para Navidad, así que al final nos decidimos por películas que animen el espíritu navideño. Me doy cuenta de que, a él, realmente, le es indiferente poner una que otra. Y me parece todavía más tierno cuando me deja elegir a mí porque hace palpable que la sesión de cine solamente era una excusa para compartir su tiempo conmigo.

Devoramos dos bolsas de palomitas, nos bebemos otra botella de vino y, mientras “Polar Expres” se reproduce de fondo en el televisor, hacemos el amor. Sin prisas, sin miedos, sin inseguridades. Solamente él y yo, la chimenea de fondo y la alfombra de su salón como lienzo. Mientras me hace gritar su nombre y perder el control de mi propio cuerpo, vuelvo a tener la sensación de que el tiempo es eterno, de que nunca se terminará y de que, en estos instantes, nada ni nadie podría estropear mi felicidad.

—Harry —susurro en voz baja cuando, minutos después de alcanzar el orgasmo simultáneamente, nos sentamos desnudos en el sofá con dos copas de vino y una tableta de chocolate—, creo que te equivocabas —le digo muy seria.

Él me mira confuso, sin saber a qué me refiero con dicha afirmación.

—No te entiendo.



Y aunque supongo que más adelante me arrepentiré de decirlo, al final, lo suelto.

—No sé si al resto del mundo le convienes o no... Pero hace un rato que he descubierto que, a mí en particular, sí.

Él me mira muy serio sin saber qué decir, como si en el fondo pensase que lo que acabo de pronunciar en voz alta es una auténtica locura.

—Supongo que con el tiempo terminarás viendo la realidad —asegura.

Y aunque estoy a punto de negarlo, decido guardarme las palabras para mí misma cuando sus labios chocan contra los míos, silenciando cualquier cosa que pudiera estar a punto de decir.

¡Por fin ha llegado el día de Navidad!

Mis padres están de camino y Walker me ha acompañado al supermercado de las afueras para armarme de provisiones, copas, platos, cubiertos, champán y una buena dosis de entrantes que no necesitan ser cocinados previamente.

Mi madre, como no, se encarga de traer la comida comestible mientras yo me dedico a poner pudding y embutidos variados sobre la mesa. Nuestro árbol de Navidad —y digo nuestro porque, aunque sea mío, en cierto modo también forma parte de Harry— ya brilla en el salón, repleto de luces y adornos rojos y navideños. Entre todos, hay uno muy especial. Uno con el que no contaba y que, hace dos días, apareció como por arte de magia en una de las ramas. Es una bola de madera dorada, plateada y rojiza con mi nombre tallado sobre ella. Las letras están escritas con tanta elegancia que parecen tener movimiento propio y aunque todavía no le he dado las gracias a Harry como corresponde, creo que es el regalo de Navidad más bonito que podría haberme hecho.

Intento tener todo preparado para cuando ellos lleguen, pero tengo la sensación de que el tiempo se me echa encima. Las horas pasan demasiado deprisa y los preparativos son demasiados.

Por suerte, mis padres no llegarán hasta última hora; y eso me concede un pequeño margen. Vienen con el coche cargado de maletas y trastos, así que el peso extra más el mal temporal que azota esta zona les obliga a ir despacio y sin prisa.

Me ducho, me visto el pijama y cuando por fin aparecen mamá y papá cargados de maletas con ropa, me puedo poner uno de mis preciosos vestidos de fiesta. Orgullosa, les muestro la casa a mis padres y mientras los villancicos se reproducen en la minicadena que hace dos días compré en el pueblo. Estoy feliz, y ellos parecen todavía más felices por mí. Sé que venir hasta aquí con esta tormenta ha debido de ser agotador, así que decido procurar encargarme de todo y dejarles descansar.

—Lilly, ¿es esa la casa del vecino que rompió tus cristales? ¿El que se llevó el material de la obra?

Trago saliva al escucharle a mi padre hacer esa pregunta mientras inspecciona la vivienda de

Walker a través de las ventanas del salón.

—En realidad, papá, ya hemos resuelto nuestras diferencias —aseguro sin poder ocultar el tono de felicidad—, estamos bien.

—¿” Estamos bien”?” —repite, dubitativo, en el mismo instante en el que alguien toca el timbre.

A decir verdad, las probabilidades de que no sea Harry Walker la persona que está al otro lado de la puerta son tan bajas que ni las considero posibles. El corazón se me acelera ligeramente y procurando mantener la calma para no delatar mi repentino entusiasmo por el vecino delante de mis padres, me acerco a abrir. Harry está al otro lado, tal y como yo había esperado, con una preciosa rosa roja en sus manos.

—Solamente he venido a desearte una feliz Navidad —me dice, entregándome la flor y observando boquiabierto mi vestido de lentejuelas doradas con escote en V—. Pero creo que añadir que estás más hermosa que nunca es lo justo.

Yo sonrío, sonrojándome al instante.

—Gracias... —murmuro, un poco incómoda al saber que en este día especial él cenará solo, en su casa.

Me lo imagino sentado en el salón, observando las fotografías de esas personas que amaba y ya no están y se me encoge el alma.

—Oye, Harry... —murmuro en voz baja para que solamente él pueda escucharme—. ¿Te gustaría quedarte a cenar?

—¿A cenar? —repite.

—Sí. Es decir... Solamente estamos mis padres y yo, así que podría considerarse una reunión familiar muy pequeñita.

Él pestañea, sorprendido por mi propuesta.

—¿Y a ellos no les importaría?

Le pido un segundo y me giro hacia casa. Sé que mis padres están atentos a la conversación, aunque aparenten estar a otras cosas, así que no necesito gritar demasiado para captar su atención.

—¡Papá, mamá! ¿Os importa que el vecino se quede a cenar?

Cruzo los dedos porque mi querido padre no suelte ningún improperio y espero una respuesta.

—¡No! —grita papá.

—¡Cuántos más, mejor! —añade mi madre.

Yo sonrío de oreja a oreja y tiro de la chaqueta de Harry para obligarle a pasar al interior antes de que pueda decir que no.

Una hora más tarde, todos estamos sentados en la mesa degustando el exquisito pavo relleno de mamá. Aunque al principio el ambiente era un poco tenso y extraño, poco a poco se ha ido relajando e incluso Walker parece sentirse cómodo con la situación. Mamá y yo comentamos aspectos de decoración de la casa mientras ellos hablan del mundial de fútbol como si fuera lo más interesante de sus vidas. El ambiente es familiar y tranquilo, y aunque yo sigo esforzándome por no ilusionarme antes de tiempo, no puedo evitar pensar que quizás construir esta casa era un destino que tenía escrito desde hacía mucho tiempo.

Cuando me levanto a recoger los platos para servir el postre, él me sigue. Mis padres no se sorprenden y fingen estar muy sumergidos en una conversación ajena para concedernos un instante a solas.

—¿Estás a gusto?

Harry asiente.

—Tus padres son geniales —admite, cruzándose de hombros—, pero es tarde y... Creo que debería volver a casa.

Miro el reloj de mi muñeca y compruebo que son las once. No es tarde.

—¿Qué ocurre?

Harry se encoge de hombros.

—La Nochebuena debería pasarse con la familia y..., bueno, creo que estoy un poco fuera de lugar —me dice, encogiéndose de hombros—. No quiero sonar desagradecido, Lilly. La velada me ha encantado y estoy muy agradecido por vuestra hospitalidad, pero creo que debería irme.

Me quedo helada sin saber qué responderle.

A decir verdad, hasta ahora había creído que todo iba perfectamente bien.

—No sé qué decir —admito en voz baja.

—Pues no digas nada. Gracias por todo, de verdad —repite, antes de besarme fugazmente en la mejilla y de darse la vuelta.

Me quedo plantada en la cocina y no soy capaz de reaccionar hasta que escucho la puerta de la calle cerrándose de golpe. Dos minutos después, mi madre aparece en la cocina con gesto de preocupación.

—¿Va todo bien? —inquire, porque, aunque yo me crea que es muy inocente, la verdad es que no tiene un pelo de tonta.

—Eso creía yo —admito, desconcertada.

La comida del veinticinco de diciembre es otro de los eventos familiares imprescindibles. Mis padres se quedarán hasta después de comer antes de regresar a la ciudad, así que aprovechamos el día desde la mañana.

Es tradición desayunar juntos, comer turrone y chocolatinas variadas y preparar la mesa en familia mientras cantamos villancicos. Solamente somos tres, pero no necesitamos ser más para que estas fechas tengan un brillo especial.

Cuando subo a mi dormitorio para deshacer las tres enormes maletas que mamá me ha traído, no

puedo evitar pegarme al cristal para observar la silenciosa casa del vecino. No hay rastro de Walker. Sé que esos repentinos e incompresibles cambios de humor forman parte de su forma de ser, pero... No lo comprendo. ¿Por qué actúo de esa forma? ¿Por qué decidió marcharse sin despedirse? Una pequeña parte de mí cree que quizás invitarle a cenar fue un error. Estas fechas son delicadas para él y el hecho de pasarlas con mi familia pudo haberle recordado aquello que tuvo y perdió.

Me digo a mí misma que cuando mis padres se marchen me pasará a hacerle una visita. Con Walker uno nunca sabe qué esperar; puede ser el hombre más agradable del mundo o transformarse con rapidez en un ogro gruñón. Es una auténtica lotería.

La comida resulta tan agradable como cabía esperar y al final, los tres terminamos en el sofá procurando digerir la sobredosis de calorías que hemos consumido en menos de veinticuatro horas. Desprenderme de los excesos de estos días me costará semanas, quizás meses. Un par de horas después, nos despedimos en la puerta de mi nuevo hogar con nostalgia. Les prometo que pronto iré a visitarles para terminar con la mudanza y llevarme todos los trastos que he ido amontonando durante mi estancia allí, aunque sé que a ellos no les importa lo más mínimo mi invasión.

Cuando me quedo a solas, preparo una buena bandeja de chocolates y pasteles, la forro con papel transparente y me calzo las botas de nieve y el abrigo calentito. Esta vez, para no cometer el mismo error dos veces, no me olvido de coger las llaves de casa antes de salir por la puerta. El frío me saluda cortándome la piel y el viento sopla con tanta fuerza que tengo la sensación de que saldré volando. Camino con cuidado para no tirar la bandeja al suelo y me planto frente a su casa. Vuelvo a sentir esa extraña sensación de nervios y entusiasmo, incertidumbre e ilusión. Con Walker nunca sé cómo debo sentirme ni qué pensar. Toco el timbre y espero, pero no abre nadie. El garaje está cerrado y no me ha parecido verle sacar el coche —ni escucharle marchar— en todo el día, así que deduzco que debe estar dentro. ¿Quizás, trabajando? Vuelvo a tocar el timbre y espero un poco un poco más, pero nada. No hay rastro de él.

Decepcionada, regreso a casa luchando con el invernal viento que azota Dawson mientras procuro mantener el equilibrio y no ser derribada. Harry no está, o no quiere abrirme. Y aunque estos últimos días a su lado fueron perfectos, empiezo a pensar que en la cena de Nochebuena vio algo que lo espantó por completo. En la siguiente hora me dedico a recapitular cada conversación que tuvimos y cada gesto de mis padres, pero nada. No se me ocurre nada que pudiera haberle ofendido o sentado mal.

Al final, hastiada de dar vueltas a la cabeza por algo que no merece la pena, decido que ha

llegado la hora de enfrentarme a la realidad y de centrarme en la nueva novela. He eludido mis responsabilidades durante mucho tiempo y no puedo continuar escaqueándome. Mi despacho aún no está terminado, así que me instalo en la mesa del comedor y enciendo el ordenador. Abro la página en blanco de procesador de textos y releo las últimas palabras que escribí en él la última vez que me propuse trabajar. Al final, decido que entre esos párrafos no hay nada que merezca la pena ser salvado y borro todo para comenzar de cero. De forma inconsciente desvío la mirada hacia la casa de Walker y..., antes de pueda ser consciente si quiera, ya estoy describiéndola en la primera página del primer capítulo. La casa, y el solitario hombre que habitaba en ella.

Todo va cobrando sentido y un par de horas después, ya he avanzado lo suficiente como para dar el día por finiquitado. La nueva historia tiene una estructura cerrada, los capítulos avanzan con fluidez y están definidos; así que si continúo a este ritmo y empiezo a tomarme las cosas con mayor seriedad, antes de fin de año podré lanzarla al público.

Cuando amezco al día siguiente, me desperezo con uno de mis tazones de leche con miel y me pongo manos a la obra cuanto antes. Lo bueno que tengo es que, cuando me obsesiono de verdad con una historia, no puedo despegarme de ella hasta terminarla de una vez por todas.

Levanto la vista del ordenador y me quedo mirando la casa de Walker fijamente. No sé si me siento aquí para buscar inspiración o si, en realidad, simplemente estoy acosándole. Empiezo a pensar que estoy obsesionándome de forma insana con él.

Suspiro hondo, me levanto a por otro tazón de leche bien cargadito de miel, y vuelvo a ponerme manos a la obra con la historia cuando le veo. ¡Le veo! Está abriendo la puerta del garaje, supongo que para sacar el coche de su casa.

“¿Ir a pedirle explicaciones es demasiado desesperado por mi parte?”, me pregunto a mí misma. Pero sin necesidad de una respuesta ya estoy preparándome para salir corriendo. Intento tranquilizarme, pero tengo miedo a que se me pueda escapar y desaprovechar esta oportunidad. Cuanto más tiempo pase escabulléndose de mí, peor. Salgo en zapatillas de casa, pero al menos llevo puesto el abrigo de pelo calentito. Cuando llego a la casa de Walker, ya tiene el coche casi fuera del garaje. Me planto frente a él con los brazos en jarras para que vea mi intención claramente. No pienso marcharme de aquí, ni moverme un solo centímetro, si no se baja del vehículo para hablar conmigo.

—¿Qué diablos haces? —inquire, bajando la ventanilla—. ¿Es que te has vuelto loca?

—¡Quiero saber por qué me estás ignorando, Walker!

Alto y claro, directa al grano.

Esta vez no tiene forma de evitarme.

Él suspira hondo y se queda pensativo con el volante en las manos varios segundos. Al final, vuelve a arrancar el motor y da marcha atrás para esquinar el coche en el mismo lugar en el que estaba hace unos segundos.

Respiro hondo, expectante, mientras él desciende y viene hacia mí.

—¿Qué quieres? —pregunta muy serio, con ese tono de gruñón malhumorado que tenía cuando nos



conocimos.

—Quiero saber por qué me estás ignorando, Walker —repito, dispuesta a conseguir una respuesta por todos los medios.

Él me examina muy seriamente y, al final, dibuja en su rostro una de esas sonrisas irónicas de medio lado que tanto son capaz de desquiciarme.

—Creo que le estás dando más importancia de la que realmente tiene a lo que ha pasado entre nosotros.

—¿Ah, sí? —inquiero—. ¿Así que esa es tu táctica? ¿Fingir que entre nosotros no ha pasado nada? ¿Por qué, Walker? —suelto a bocajarro, una pregunta detrás de otra—. ¡Ah, ya sé! Supongo que todo esto viene porque te has asustado, ¿no? Así que mejor encerrarte en tu casa y fingir que no escuchas el maldito timbre.

—Lilly... —murmura, resoplando con desesperación mientras se pasea la mano por el cabello—, lo siento. No quería que te hicieras ilusiones, pero es la verdad. No ha sido nada, al menos no lo ha sido para mí.

¿En serio? ¿Pero cómo diablos puede alguien tener tanta cara dura?

—Me deseas, Harry. Así que deja de fingir que no y deja de comportarte como un imbécil.

La rabia se empieza a aglomerar en mi interior y sospecho que en cualquier instante estallará.

—No te deseo, Lilly —responde, con tanta seriedad y calma que asusta—. Solamente has sido un capricho, nada más.

Y entonces, como si fuera una extremidad independiente a mí, mi brazo sale volando y le estampo un bofetón enorme en el rostro. Hace tanto frío que nada más golpearle la sangre de mi cuerpo comienza a circular hacia allí, creando en la zona unas extrañas y dolorosas palpitaciones.

—¡Gilipollas! —escupo, rabiosa, antes de darme la vuelta.

Camino hacia casa con la mayor dignidad posible, pero es complicado. El suelo está congelado y la nieve se ha filtrado a través de mis zapatillas de andar por casa, encharcando su interior. Tengo los pies helados, estoy destemplada y me siento tan humillada ahora mismo que no soy capaz de contener el llanto. Siento su presencia tras de mí, pero no soy capaz de girarme. Mantengo el ritmo mientras rezo internamente porque toque mi espalda, aparezca tras de mí y me diga que se ha equivocado. Pero no ocurre.

Doblo la esquina, y me detengo en las escaleras de mi porche para recuperar el aliento y secarme las lágrimas. Él no está. Dos segundos después, escucho su coche marchándose del garaje y comprendo que no, que no venía detrás de mí. Solamente se trataba de una sensación equívoca.

Cuando entro en mi casa estoy congelada y dolida. Me doy una ducha caliente, pongo las zapatillas sobre el radiador y lloro. Lloro hasta quedarme vacía de tanto llorar. Hasta hoy, ninguno de los hombres con los que había estado habían significado nada para mí. Quizás, de alguna forma incomprensible, había evitado siempre implicarme emocionalmente con ellos. Y ahora, de pronto, ardo en deseos por el idiota más cabrón de todo Dawson City. ¿Cómo demonios me las ingenio para tener tan buena puntería? ¿Es qué acaso no podía continuar con las riñas e ignorarle? ¿Por qué he tenido que fijarme en alguien como él”

“Solamente has sido un capricho, nada más”.

Sus palabras me taladran la cabeza y soy consciente de que esta noche no conseguiré dormir por mucho que me lo proponga.

A las dos de la madrugada continúo despierta. Al menos, he conseguido dejar de llorar y centrarme en el trabajo. La historia me tiene tan absorta que, al menos durante unas horas, conseguido dejar de auto torturarme a mí misma y pensar en el final feliz que le daré. Un final feliz que no implique noches de lágrimas y de sufrimiento para mi desgraciada protagonista.

Aunque estoy intentando distraer mis sentimientos y pensamientos, hace una hora que no he podido evitar verle entrar en casa. Parecía que iba borracho, pero puede que la visión emborronada por las lágrimas me haya jugado una mala pasada. Ahora tiene las cortinas cerradas, ocultando cualquier rincón del interior. Aunque hay luz, no consigo atisbar nada. ¿Y ahora qué? ¿Qué va a hacer de aquí en adelante? ¿Ignorarme? ¿Fingir que ya no soy su vecina? ¿Vamos a volver a la guerra de denuncias absurdas?

Suspiro hondo, me levanto de la silla corro mi nueva persiana para que él tampoco pueda observarme a mí. No sé si podría tener alguna razón para hacerlo, pero prefiero que no lo haga.

Cueste lo que me cueste, estoy decidida a que Harry Walker vuelva a ser eso que era en un pasado; el vecino gruñón con el que prefería no dirigirme dos palabras seguidas.

Este año paso la Nochevieja en solitario.

La gran parte de las carreteras del condado están cerradas y viajar hasta la ciudad no es algo que me entusiasme demasiado con el temporal que parece venir encima. Llevan bastantes semanas anunciando una tormenta de nieve que nos dejará retenidos en casa, y aunque no parece terminar de llegar —o al menos no con toda su fuerza—, prefiero no arriesgarme. Les he prometido a mis padres que después de enero, cuando la vivienda esté totalmente completa y no quede ninguna habitación por amueblar, iré a visitarles con un enorme camión de mudanzas que tendré contratado.

Aparco el coche frente a la cafetería de Karen, dispuesta a tomarme uno de esos ricos chocolates calientes que tanto me gustan. Llevo casi una semana encerrada en casa, trabajando sin hacer pausas —y llorando a moco tendido en casa descanso— para poder terminar la novela antes de que el año finalizase. ¡Y lo he conseguido! Las noches sin dormir y las tardes encerrada observando cómo las montañas que tengo frente a mi casa se iban nevando más y más ha merecido la pena. Me siento en una de las mesas libres y espero pacientemente hasta que venga a atenderme. Al parecer, he venido en hora punta y parece estar hasta arriba. Pero no importa. No tengo prisa y tomar el aire y ver a seres humanos a mi alrededor es algo que necesitaba para mantener mi salud mental a raya.

—Hola de nuevo, Lilly —me saluda diez minutos después—. Siento la espera, pero...

—Ya, estáis hasta arriba.

Karen dibuja una de sus agradables sonrisas de oreja a oreja y suspira hondo.

—Eso es... Estoy esperando a que mi hermano venga al rescate —dice, mirándose el reloj de muñeca—, pero creo que a estas alturas no va a aparecer.

—Yo puedo ponerme un delantal y colaborar con la causa —bromeo, aunque en el último momento temo que pueda tomarse en serio mi propuesta.

—No hace falta, tranquila. Sobreviviré.

Después de preguntarme por la Navidad y mi nueva casa, me toma nota y promete no demorarse mucho en traerme mi chocolate y mi brownie. Estoy golosa y, después de la sobredosis de azúcar que he ingerido estas fechas señaladas, mi cuerpo me pide más a gritos y no seré yo quien se lo niegue.

Solamente llevo en Dawson unas pocas semanas, pero este pueblo es tan pequeño que uno no necesita pasar mucho tiempo por aquí para conocer a la mayor parte de sus habitantes. Sé, además, que hace tiempo que he quedado oficialmente bautizada como “la nueva”, y supongo que por muchos años que pasen seguirán llamándome así. Supongo que, algún día, alguien se mudará y conseguiré cambiar de apodo a otro más evolucionado para cederle mi puesto, ¿no?

Revuelvo mi chocolate con la cuchara, pensativa. En realidad, desde hace unos días he perdido la ilusión por mi casa, el pueblo y la mudanza. Sé que no debería sentirme de este modo, pero me cuesta mucho no venirme abajo después de lo sucedido. Lo peor de todo es que Harry Walker seguirá siendo mi vecino, y tendré que continuar viéndole día sí y día también. “No soy bueno para nadie”, me había dicho, “terminaré haciéndote daño”. ¿Y cómo diablos puedo sentir rencor hacia él si me lo advirtió? ¿Si me dejó claro que terminaría haciéndome añicos? Puestos a lanzar advertencias, todo hubiera sido mucho más sencillo si me hubiese avisado de que yo “solamente era un capricho pasajero”. Tal vez de ese modo habría sabido a qué atenerme.

—Oye, Lilly... Me dijiste que Walker era tu vecino, ¿verdad?

Levanto la cabeza, sorprendida, preguntando si Karen tendrá poderes sobrenaturales para poder leer las mentes humanas.

—Sí... ¿Por qué?

Está frente a mí, con ese delantal suyo tan apretado y ceñido a la cintura y con ese rostro tan perfecto y simétrico. A veces, odio la naturaleza por haber sido tan ruin de repartir la belleza humana de forma tan desproporcionada.

—El otro día estuvo en la cafetería. Parecía un poco ido, como si se hubiera pasado con los whiskys de esa tarde, ya me entiendes.

Asiento con los ojos en blanco. ¿Por qué narices iba a sorprenderme una borrachera de Walker? En realidad, a estas alturas, ya no me sorprende nada de él.

—Pues vaya. Lo siento por ti —señalo, sin saber qué decir.

Karen suelta una risita.

—No, lo raro vino después, cuando escribió un deseo para el árbol. Creí que se dormiría encima del papelito, pero al final consiguió colgarlo y todo... —me dice, señalando el árbol de los deseos—. Es el que está justo debajo de la estrella de papel. Léelo —concluye, antes de alejarse a atender a una mesa que se está impacientando.

Me termino de tomar el chocolate a cucharas como si en realidad no sintiera curiosidad por el deseo del que Karen me ha hablado. Pero es mentira. En el fondo me muero de ganas por saber qué diablos ha escrito mi vecino ahí y porqué me conviene tanto leerlo. Cuando termino, me levanto disimuladamente y con parsimonia, tomándome mi tiempo. Camino con lentitud entre las mesas y me fijo en que varias miradas curiosas se han posado en mí mientras tiro del deseo de Walker y lo arranco de la rama. Con el corazón acelerado, leo lo que ha escrito —con muy mala letra— en su interior: “No espantar a la chica de la casa de enfrente”.

“Pues no lo has conseguido”, pienso, intentando comprender a ese idiota que tengo por vecino. No lo entiendo. No entiendo por qué diablos se está comportando de esa forma si, en el fondo, su deseo para el próximo dos mil veinte es no espantarme. No echarme. No asustarme. No hacerme daño.

—¿Karen? ¿Me dejas un bolígrafo? —pregunto en voz alta sin saber muy bien qué es lo que estoy haciendo.

El trayecto del pueblo a casa lo realizo con la cabeza a mil por hora. Tengo muchísimos pensamientos en la cabeza y ninguno de ellos es demasiado sensato o racional. Todos se basan en mis propios sentimientos, y supongo que, en el fondo, anhelo que mi vida sea como una de esas novelas en las que por mucho que se sufra siempre se obtiene un final feliz.

Aparco el coche y bajo el espejo que hay sobre el conductor para echar un vistazo rápido y superficial a mi aspecto. Llevo tantos días trabajando y llorando que me han salido unas profundas ojeras que ni el mejor maquillaje es capaz de disimular. Aún así, no estoy tan mal.

Camino por el sendero y en vez de continuar hacia mi casa doblo la esquina hacia la de Walker. Lady, que está en la calle, viene corriendo hacia mí para saludarme. Me salta sobre la ropa, pero ya he aprendido a soportar su peso sin ser derribada al suelo, así que la sujeto por las patas delanteras y le digo “lo bueno chica que es”.

—¿Dónde está el insoportable de tu dueño? —inquiero, acariciándole el hocico.

Ella, que mueve el rabo de un lado al otro sin parar, me come a besos la mano. Yo suelto una risotada, recordando aquel primer encuentro en el que terminé en el suelo sin poder moverme mientras me lamía de arriba abajo. Camino junto a ella hasta la puerta principal y toco el timbre. Pero no lo toco como un vecino normal lo haría, sino como una auténtica psicópata. Dejo mi dedo sobre el botón y escucho como el timbrazo resuena sin descanso por toda la casa. Es imposible que no me escuche. Y es imposible que me intente ignorar sin volverse loco. Dos minutos después, escucho unos pasos detrás de la puerta y se escucha un “click”. El timbre deja de sonar, lo que quiere decir que Walker está al otro lado y que a desconectado el conector para que deje de molestarle.

—¿No piensas abrir la puerta, Harry? Sé que estás ahí —le digo en voz alta para que pueda escucharme.

Él no responde, así que imagino que, una vez más, ha decidido ignorarme para ver si me canso y me marcho.

—¿Sabes? Sé que las cosas no son fáciles y que cuando van bien, asustan —le digo, gritando todo lo que puedo por si se ha alejado—. ¡Pero este mundo solamente tiene cobardes y valientes! ¡Decide quién de los dos quieres ser!

Y dicho esto, me agacho al suelo e introduzco por la ranura de la puerta el papelito en el que él ha escrito su deseo, solo que, ahora, también tiene escrito mi deseo en el otro lado. No estará colgado en un árbol y no soplaremos velas para que se haga realidad. Porque, en realidad, la única forma de conseguir aquello que se anhela es peleando por ello.

Me alejo hacia mi casa sintiéndome bien conmigo misma. Puede que esto no cambie nada, pero al menos no me quedaré pensando en lo que pudo ser y no fue.

El calor de mi hogar me recibe con agrado y me apresuro a desprenderme del incómodo chaquetón y de las botas de nieve. La cena de Nochevieja se reducirá a conservas en lata, porque mi pésimo estado anímico y pocos dotes en la cocina se han compinchado para que no haga nada decente. Pero no importa. La verdad es que soy más romántica de la Navidad que del último día del año.

Me siento en el sofá con mi lata de sopa de pollo con fideos y me la como a cucharas pensando en el helado de stracciatella que tengo en el congelador, preparado y listo para esperarme. Enciendo la minicadena y pongo la radio; de fondo los locutores charlan sobre las pocas horas que quedan para entrar en el nuevo año. Alguno de ellos propone llenar un bote con todas las cosas buenas que te han pasado y que dejas atrás para comenzar el próximo enero de forma positiva y feliz. La verdad es que me parece una gran estupidez, pero ahora mismo necesito entretenerme con algo y decido que como pasatiempo, puede servir. Termino las últimas cucharas de pollo con fideos, saco del congelador mi helado favorito y me arrastro hasta el salón con un papel hecho añicos donde escribir todas esas cosas buenas que me han pasado. Primero intento enumerarlas mentalmente, porque la verdad es que no son demasiadas.

“Tener mi propia casa”, “continuar escribiendo las historias que me gustan”, y... “enamorar”. Aunque esa última papeleta no sé si podría catalogarse como “algo bueno”. Levanto el bolígrafo y voy a escribir la primera palabra cuando el timbre de casa suena, haciéndome saltar del sofá.

O Lady se ha perdido de nuevo, o por una vez el cascarrabias de Harry Walker ha decidido entrar en acción.

Abro la puerta y me lo encuentro al otro lado, peleándose con el viento y la nieve. Hace frío, pero él no parece inmutarse. Me cruzo de brazos con gesto de pocos amigos y le pregunto qué quiere. Harry, con gesto abatido, estira su mano para entregarme el deseo que le he metido debajo de la

puerta.

—¿Eso deseas?

—Sí.

—No es un deseo para el año que viene —señala, confundido.

—Todavía quedan unas pocas horas del año viejo —explico—, y he pensado que prefería exprimir las al máximo.

Él sonríe y asiente.

—Lo siento, Lilly... Siento mi comportamiento y lo que dije —admite al final, con el rostro repleto de abatimiento—. Me da miedo volver a amar y... volver a perder.

Suspiro hondo y me hago a un lado señalándole el interior de la casa.

—¿Quieres entrar?

Él titubea, pero al final pasa dentro. Nos quedamos mirándonos unos instantes y tengo la sensación de que, al hacerlo, se tiende un puente eléctrico entre nosotros. Puedo sentir la electricidad recorriendo cada célula de mi cuerpo y los nervios se apoderan de mí.

—¿Tu deseo es terminar el año con el chico de la casa de al lado?

Asiento muy despacio, sin ningún atisbo de duda.

—Pues aquí estoy —admite, encogiéndose de hombros.

—El problema es si te vas a poder volver a ir...

Walker sacude la cabeza en señal de negación y, antes de que pueda decir nada, yo aprovecho y salto a sus brazos. Presiono mis labios contra los suyos impregnándolos de ese sabor tan familiar que le caracteriza. Sus manos rodean mi cadera en el preciso instante en el que una corriente de aire cierra de un portazo la puerta de mi casa. Nos miramos en silencio, diciéndonos todo y nada a su vez.

—Y... ¡Comienza la cuenta atrás para entrar en el año nuevo! —grita el locutor de radio por el altavoz de mi minicadena. Walker me sigue besando, como si realmente necesitase hacerlo. Como si hubiera añorado hacerlo durante estos días que hemos pasado separados—. Tres... Dos... uno... ¡FELIZ DOS MIL VEINTE!



Nos separamos un segundo. Sus manos encarcelan mi rostro con delicadeza y las mías, en cambio, le sujetan con fuerza atrayéndolo desde su cintura.

—Feliz año nuevo a mi deseo de fin de año —me río, acariciando la punta de su nariz con la mía.

—Feliz año nuevo a mi capricho de fin de año —sentencia él y, antes de que pueda protestar, me vuelve a besar.

Rosalie está llorando en su cuna mientras yo termino el último capítulo de la novela que tengo entre manos. Escucho cómo Harry le susurra una nana a través del interlocutor y sonrío mientras me acaricio la prominente barriga. El año que viene seremos uno más, y, a decir verdad, no sé si nos ha podido la inconsciencia o la ilusión. La casa con dos bebés correteando en cada esquina será una auténtica locura y necesitaremos una sobredosis de paciencia para sobrevivir a esto, pero supongo que podremos con todo. Como siempre.

La temporada de Navidad está a punto de terminar, así que mi temporada de escritura también llega a su final. Dentro de unas horas, “La casa de Santa” pasará a estar completamente iluminada y comenzaremos a recibir visitantes de todas partes del condado. Levanto la mirada para observar la que antiguamente denominaba “la casa del vecino” mientras me pregunto si el bebé que llevo en el vientre será un niño o una niña. No hemos querido saberlo. Con Rosalie también fue una sorpresa, aunque en esa ocasión teníamos su nombre muy claro; si era una niña, se llamaría como la hermana pequeña de Harry. Si era un niño, lo llamaríamos Michael, como mi padre. Y así hicimos. Esta vez no tenemos nada claro.

“LA CASA DE SANTA”.

Sonrío al leer el enorme cartel que cuelga sobre el tejado. Hace meses que nos involucramos en este proyecto, pero esta será la primera temporada en la que Harry no ponga su habitual caseta en el mercadillo de Navidad. A fin de cuentas, su trabajo comenzaba a ser tan inmenso que necesitaba encontrar un lugar más grande y apropiado para exhibir sus obras, ¿qué mejor lugar que su antiguo hogar?

Los escucho murmurar a través del interlocutor y se me derrite el alma. Sé que debería apagarlo y concentrarme en la tarea que tengo entre manos, pero mi marido siempre se las ha apañado muy bien para distraerme del trabajo. En realidad, lo lleva haciendo desde el mismísimo día que le conocí. Recuerdo la Nochevieja del beso, esa que decidimos bautizar como “la Navidad de los deseos” y lanzo una mirada al bote con papелitos que tengo sobre el escritorio. Aún recuerdo que estaba a punto de llenarlo de cosas buenas que me habían pasado aquel año, pero cuando Harry se sentó conmigo en el sofá, decidimos que sonaba mucho mejor llenarlo de aquellas cosas que deseábamos para los próximos años. Entre todas esas papeletas, hay un viaje al Caribe que tenemos pendiente de realizar. Una cena bajo las estrellas, puénting, y algunas otras cosas que

todavía se nos están resistiendo. En algún lugar del bote, además, hay una papeleta que decía “tener muchos hijos”. No sé qué se nos pasó en ese momento por la cabeza, pero creo que no vamos mal encaminados. Hay otro deseo para el futuro que rezaba así; “amarnos por siempre jamás”. Y aunque no sé si ese llegaremos a cumplirlo o no, al menos, estoy convencida de que vamos por un buen camino.

Ah, por cierto... ¡Feliz Navidad!

**FIN**

## **NOTA DEL AUTOR**

Querido lector;

Antes de despedirme, quiero darte las gracias por haberle concedido una oportunidad a esta historia y, sobre todo, por habérmela concedido a mí.

Espero que, en un futuro, volvamos a caminar juntos entre letras y que nuestros caminos vuelvan a cruzarse.

Si te ha gustado la historia o si quieres hacerme llegar tu opinión, me encantará leerla en los comentarios de Amazon. Te agradeceré enormemente ese pequeño detalle de tu parte.

Atentamente,

Christian Martins.

## SOBRE EL AUTOR

Christian Martins es un autor que nació hace más de treinta años y que lleva escribiendo otros tantos, a pesar de que hasta febrero del 2017 no se lanzó a publicar. Desde entonces, todas las obras de este prolífero escritor han estado en algún momento en el TOP de los más vendidos en su categoría.

¡Únete al fenómeno Martins y descubre el resto de sus novelas!

## OTROS TÍTULOS DEL AUTOR

Todas las novelas de Christian Martins están disponibles en los mercados de Amazon, tanto en papel como en eBook.

Si quieres encontrar alguno de sus títulos, tan solo debes escribir su nombre en el buscador de Amazon.

Seré solo para ti  
Solo tuya

Besos de carmín

Mi último recuerdo

Escribiéndole un verano a Sofía

Nosotras

Secretos 1, 2 y 3

Saga “Una noche”:  
Una noche Dorada  
Una noche Contigo  
Una noche Nuestra  
Una noche Perfecta

Una cosa de locos

Yo no soy tu vampiresa  
Yo soy tu vampiresa

Nuestros días

La chica que se llamaba como un cometa

Un “te quiero” por Navidad

Mi protector  
Su protegida

Ave Fénix

Donde nacen las estrellas

Una guerra del pasado

Olivia y su caos

Siempre Contigo

Un hombre de negocios

Isla de Plata

¡Lo que tú digas!

¡Cómo tú quieras!

¡A tus órdenes!

El rescate

El laberinto

Luna de gato

Magená

Denahi

Hinun

Ni una cita más

Yo en Roma, tú en Nueva York

La vida de Dani

El amor está en la toalla de al lado

¡Ni me toques!

Lo que no esperaba

El libro de Joe Byers

El corazón de Joe Byers

Con cariño, para Sailor's Rest

Te había soñado

El viaje no soñado

¿Tú?

Tú mi deseo, yo tu capricho



